

COLECCIÓN ARIEL

Epítomes de Literatura Internacional, Antigua y Moderna.

Los buenos autores al alcance de todos.

2.

MANUEL GUTIÉRREZ NÁJERA

PROSA

(CUENTOS Y CRÓNICAS)

EL DUQUE JOB

... Las obras que hoy se presentan á vuestra vista, ¹ han sido escogidas por manos piadosas entre la estupenda suma de trabajos con que Manuel Gutiérrez Nájera, durante dos décadas, llenó la prensa nacional hasta colmarla. La mayor parte de estas obras está compuesta de bocetos, de esquemas, de apuntes y dibujos ejecutados á la ligera, con la

¹ Se dirige Urbina en esta Introducción, á «los buenos espíritus enamorados de lo bello». Los artículos que hoy ofrecemos á nuestros lectores, están escogidos del volumen *Prosa*, tomo primero de las OBRAS COMPLETAS (tres volúmenes: dos de prosa y uno de verso), de Manuel Gutiérrez Nájera, edición de Méjico, Tip. de la Oficina Impresora del Timbre, Palacio Nacional, 1898. Las *Poetas* del Duque están editadas también, en dos volúmenes, por la Librería de la Vda. de Ch. Bouret, París y Méjico. 1897.

Por lo demás, no será éste el único cuaderno que consagremos á Gutiérrez Nájera. En su estensa obra literaria quedan todavía artículos admirables, tantos como se necesitan para formar tres ó cuatro Epítomes más de esta BIBLIOTECA.

precipitación del obrero que se ve precisado á terminar su tarea para ganarse el jornal íntegro. Lienzos acabados, estudios completos, hay pocos; pero así como pocos son los cuadros que el artista concluyó, y muchos los proyectos que sólo esbozó, delineándolos con una ideal y esquisita finura, unos y otros muy á las claras muestran, como veréis, así la sabiduría del técnico como la sensibilidad del pensador y del poeta.

Era difícil, en verdad, y más que difícil, laborioso y más que laborioso, delicado, entresacar del enorme acervo acumulado en veinte años, estas filigranas de oro virgen, que son como piezas de una maquinaria, diseminadas en todas partes, y que una paciente faena logra juntar y engranar hasta rehacer con adivinaciones y tanteos, el complicado mecanismo. Porque en medio del desbarajuste de la inquieta vida del artista, se entrevé la unidad de la obra. Oh, sí; es extraordinario este talento de refinado que á diario sujetó su espíritu al duro suplicio de la producción, sin que la fatiga intelectual, apenas perceptible en la última época, le obligase á cambiar de rumbo, á buscar reposo en otras ideas y otros sentimientos y otro estilo que los suyos propios, que él adquirió, asimilándose, en un principio, elementos que respondían á su temperamento, y que, más tarde, dominó, vaciándolos, por fin, en un molde definitivo y peculiar. Figuraos un lapidario que se ocupase en pulir un diamante, y que hoy y mañana y todos los días, puliese una faceta de la piedra preciosa. Esta fue la constante ocupación del artífice: limpiar y bruñir el estilo para que la luz se descompusiese en el prisma de cristal, y estallase en los colores del iris ante la mirada embebecida. A veces las aristas no son muy suaves, ni las caras muy tersas: hay lugares donde se echa de ver la violencia del pulimento; pero en conjunto, alejándose un poco, qué bien se ven cabrillejar inesperados y fúlgidos matices!

El artista que hoy celebro había saturado su espíritu del sutil y enervante perfume que despiden, página á página, los modernos libros franceses.

Esa expresión clara, flexible, inquieta y pura, la tomó de las divinas fuentes de donde mana el pensamiento en una forma exacta, bella, trasparente como un ropaje luminoso. Sólo que el *Duque Job*¹ recibía este rocío fecundo en el ánfora de su alma, incurablemente enferma de sensibilidad y ternura, en donde los estraños perfumes que caían, evaporábanse en una delicada y tibia fragancia, mezcla de flores y de incienso. Por el tamiz de su temperamento, infinitamente piadoso, pasaban las ajenas concepciones que le inspiraron, como por una gasa azul pasan las claridades del sol. Ahora que vais á admirar sus composiciones, á cada paso sorprenderéis en un rasgo, en una pincelada, en una línea, esta apostólica obsesión de consuelo, embalsamada con los últimos granos de mirra que el creyente pudo salvar en el arca rota de su fe. Tales composiciones, obra de una fantasía atacada de tranquilo delirio, fueron, apenas pensadas, traídas á la realidad, arrojadas al mundo exterior, con una fatigante y dolorosa precipitación.

No lo parecen; nadie lo creería; estaban destinadas á ser efímeras, á pasar al olvido en unas cuantas horas, y su autor jamás paró mientes en ellas, porque de antemano, y á sabiendas, no quiso darles más luz que la que necesitaran para entretener y deslumbrar un momento á la multitud, como los fuegos artificiales. Y se equivocó: sin quererlo, vertió mucha miel de alma en esos panales. Entero se reveló en esas miniaturas que compuso á la buena de Dios, sin previa meditación, sin esfuerzo, como quien ejecuta un acto normal de la vida ordinaria. De ahí esos ligeros desaliños, esas reminiscencias, esas rapsodias que reflejan la impresión y la lectura postreras.

Me permitís que os lo recuerde? Le conocí, le amé, estuve en perpetuo contacto con él y le pedí la mano, á veces, para que me condujese en el misterioso laberinto del Arte.

Era un madrugador, un matinal. Quizá por eso

¹ Pseudónimo con que firmaba Nájera sus artículos.

de su sonrisa, de su mirada, de su voz, de todos sus poros, de todo su sér, despedía, derramándola en la atmósfera que lo circundaba, una suave frescura, un olor de alma en primavera, que á sus amigos nos hacía la impresión de una flor invisible, cuya esencia, vaga y desvanecida, aspiráramos lentamente.

Qué gozo espontáneo el suyo, al llegar á la redacción y revisar la prensa, y tomar la pluma y ponerse á garrapatear cuartillas y más cuartillas, sin aparente discernimiento ni reflexión, entre nosotros que discutíamos y charlábamos, parleros unos como golondrinas recién despiertas, y otros amodorrados aun y con el cansancio y el aburrimiento que deja, en el amanecer, una noche alegre.

El no era de uno ni de otro bando; entre la alhaca y el trasiego, escribía, escribía. Poseedor de esa cualidad tan celebrada en Jorge Sand por sus contemporáneos, envolvía su pensamiento en una onda de silencio y de paz, que no traspasaban las agitaciones de nuestros tumultos ni los ecos de nuestros bullicios. De vez en cuando levantaba la cabeza, y de la lumbre encenizada del puro, ornato sempiterno de su boca, subía, culebreando, un hilo de humo moreno, que, al ascender, iba desdortándose en diáfanos y caprichosos arabescos. Era que buscaba en el almacén de la memoria una cita, una frase célebre, un nombre, el título de un libro. Y un momento después, encorvado sobre la mesa, con el puro abatido y casi estinto, tornaba á su trabajo, y el rasgueo precipitado de su pluma producía un ligero ruido de roedor laborioso. El *Duque*, ensimismado en su tarea, aparentaba no retener la cuerda loca de nuestra conversación. Y sí; derrepente, en un rápido intervalo de silencio, oíamos, como caído del cielo, *un propósito*, chorreante de malicia y de chiste. Y todos entrábamos á tiempo en el coro de la risa. Volvíamos hacia el gracioso, en cómicos ademanes de regocijo, y le veíamos risueño, alegre, con su fisonomía ingenua y dulce, y sus ojillos de Juno, de un verde diluido, relampagueando en la esclerótica amarillenta.

Ah! no era hermoso: su rostro pálido—máscara mal moldeada — tenía una remota reminiscencia pagana; un vago total de sátiro joven. La cabeza fuerte, braquiocéfala, con el pelo cortado á la romana y manchado de prematura canicie; la frente asimétrica, con una protuberancia que parecía una



MANUEL GUTIÉRREZ NÁJERA

(El Duque Job)

Admirable escritor y poeta mejicano

contusión, y desprendiéndose de las dos curvas de las cejas, como detenida por ellas, la nariz gruesa, robusta, desproporcionada, henchida de carne hacia la punta hasta borrar los contornos de las fosas; y bajo la nariz, mal escondida por el bigote de púas enceradas y rígidas en horizontal constante, la boca de labios delgados, exangües, inclinada en una rara mueca hacia el rincón que sostenía la perpetua carga del puro. Pero estas facciones sinuosas, con repulgos y escarpaduras—como repu-

jadas rudamente en una lámina de hierro—dentro del óvalo imperfecto de la cara, se animaban por un esplendor interno, dulce y vivo, que punteaba los ojos de rápidas estrellas errantes, y por una sonrisa bondadosa y pía, consoladora como una caricia, de esas que los pintores del Renacimiento pusieron á flor de labio, en las invioladas bocas de las vírgenes.

Y la testa mal modelada que, con una corona de hojas de vid, entretejida de mirtos, se hubiera semejado á la de un joven caprípedo, tomaba una espresión de ironía, inocente y serena, á cuyo sugestivo encanto íbanse borrando las líneas duras, las asimetrías, los defectos, como si una mano invisible retocara aquella fealdad estraña, dándole, de pronto, un misterioso y subyugador atractivo. Ese rostro fue una tosca vasija, donde apuramos sus compañeros el vino de su genio.

Hablaba, y le escuchábamos, elevando, á veces, la risa hasta las lágrimas, recibiendo con una loca algazara, la agudeza punzante y fúlgida, como un dardo de luz, y atentos á lo que decía aquel gozoso narrador. Era un epigramático sutil, un cronista alado de la vida. Muy adentro de su espíritu, muy adentro, quedaba intacto y puro el sentimiento; pero en la superficie abrían sus corolas, rosadas como risueños labios de mujer, los asfodelos de la burla. Arriba las ondas bullentes de la gracia; abajo las aguas silenciosas y dormidas de la ternura. Esta faz de su carácter, tendrá que ser estudiada, en lo futuro, por un psicólogo. Yo la apunto aquí; y Gutiérrez Nájera la derramó á manos llenas en su conversación y en sus escritos.

Y cuando por la tarde tomábamos el periódico, húmedo aún y sin doblar, atraídos por una curiosa manía, y leíamos el artículo del *Duque*, no ocultábamos la sorpresa—la diaria sorpresa!—compuesta por mitad de admiración y de cariño. Qué hacía este muchacho charlador, para escribir en medio de nuestras escandalosas travesuras, esas páginas admirables, de estilo terso y blanco como una placa de mármol, repletas de alusiones literarias, con períodos eruditos, citas raras y hermosas, frases

coloridas y arrulladoras, y tropos nuevos y delicadas alegorías? Qué procedimiento empleaba este obrero incansable para realizar tales maravillas? En qué hechicería, en qué testo de ocultismo se inspiraba aquel pujante cerebro para trasladar su pensamiento, con la rapidez de una evocación, á los puntos de la pluma?

Se llevó á la tumba el secreto de su prodigio.

En un banquete, sin embargo, nos hizo una explicación enigmática de su manera de trabajar. Dejaba correr la fantasía, suelta y despreocupadamente, sin presentarle obstáculos, ni ponerle trabas, á campo travieso, por las enmarañadas selvas del ensueño. La memoria le ayudaba mucho en esta carrera desenfrenada, sin rumbo—vuelo de cinglo—por interminables horizontes. La memoria arrancaba de aquí y de allá, en las orillas del sendero recorrido, la flora exótica, los cálices de acre aroma y los pétalos de enarcado contorno, que picaban las brumas del recuerdo. La plasticidad y la flexibilidad de su estilo, dependían, según él afirmaba, de una caja de música que en el interior del ído, marcábale constantemente los ritmos á que debía ajustar el idioma. Las voces salían como evocadas por el canto interno, y formaban guirnaldas melódicas, armoniosas combinaciones, inesperados juegos de sonidos, dentro de los cuales vibraba la nota perenne de una queja muy honda y muy doliente.

No olvidaré nunca la sobremesa de ese banquete; no la olvidarás tampoco, tú, José Juan Tablada, en cuyo semblante de Edmund de Goncourt, adolescente, no había caído aún esa niebla de tristezas y desengaños, que hoy vela el brillo de tus pupilas y pone en tu frente la huraña arruga de una anticipada misantropía. Tú fuiste el promotor, José Juan; te esforzaste por rendir este último tributo de admiración á nuestro joven maestro; nos invitaste y corrimos en pos tuya, para honrar al hermano mayor que, sobre todos nosotros, poseía él don divino.

Entre alabanzas y ditirambos y panegíricos, fue-

se el *Duque Job* sintiendo molesto; le estorbaban, como cadenas de presidiario, los lazos de rosas que le echábamos al cuello, y su palabra, un tanto difícil y tardía que, hiriéndose, tropezaba en las pronunciaciones fuertes, como pie desnudo en camino pedregoso, tomaba estremecimientos sollozantes y temblores de angustia. Nos lo dijo: no quería ser ensalzado, sino amado. Y nos hizo sus confidencias dolorosas, abrió el cofre de sus intimidades literarias; sacó de él cuanto guardaba de amarguras, de desencantos y de penas. Nos mostró sus heridas: ya no sangraban; el bálsamo de una infinita bondad las había cerrado para siempre. Y entonces vimos cuánto sufrió este artista, de los estultos y de los rutineros, que creyeron hallar en la elegante originalidad del poeta, una presuntuosa extravagancia. Para imponerse, tuvo que pasar como por un vericuelo de ortigas, por un sembrado de sarcasmos necios. Ejerció el sacerdocio de la santa paciencia durante el reinado del insulto canalla y de la sátira brutal. Las vulgares mediocridades, parapetadas tras la muralla del sentido común, le lanzaron sus saetas emponzoñadas con el licor de víboras de la envidia.

Fue un cuento de veteranos lo que oímos; la narración de campañas heroicas, hecha por un valiente, apacible y sincero. Y mientras de los árboles del *tívoli* goteaban los ocres y los rojos de un divino crepúsculo de cristal y en el fondo escarlata de nuestras copas caía el polvo de oro de la tarde, nosotros, echados de bruces sobre la mesa revuelta del banquete, agitando nuestras floridas mechas de garzones románticos, escuchábamos en un nervioso silencio, pleno de emoción y de lágrimas, la tirada lírica de aquel triunfador que amó la Belleza sobre todas las cosas de este mundo.

Oh, amigos míos! No es verdad que nuestra admiración tenía entonces la forma de una devoción?

Después de esa tarde, no volvió jamás á hablarnos de sus luchas; pero ya sabíamos á costa de qué sacrificios, de qué castigos, de qué dolorosas mutilaciones de vanidad, nos traía la nueva y brillante forma artística.

Sí; nos la trajo; la enseñó, la difundió, la hizo amar de la juventud americana.

... En él está todo el *modernismo* hispano-americano; pero está sin extravíos, sin desequilibrios, sin epilepsias, sin rebuscamientos, sin ese aparato de novedad que disloca y retuerce y oprime la idea, envolviéndola en una sonora red de vocablos pomposos.

En las obras que dió á la estampa en efímeras hojas, arrojándolas, como quien tiene prisa por irse, abrevaron las flamantes inspiraciones de los recién llegados á la Poesía.

En su casta y benévola vida, encendimos como en la luz de una sagrada lámpara, nuestros anhelos y nuestras esperanzas. Ay!, y un viento frío que venía de lo alto sopló sobre la llama y la apagó! Quedamos por mucho tiempo en las tinieblas.

«Conservo todavía, he clamado un año después de la muerte del *Duque*, esa pena que no quiere salir de la sombra; que se encapricha en seguir muda y sin lágrimas frente al lecho vacío de donde acaban de levantar la caja mortuoria para llevarla al camposanto. Quedan derramadas por el suelo, desprendidas de las coronas y las cruces de musgo, esas rosas amarillentas, de un blanco anémico, mustias y desveladas, que parecen mujeres que han llorado mucho y que, rendidas por la fatiga se dejaron caer en el pavimento. Una palma—símbolo cristiano—se encorva como la espada de un arcángel, entre los adornos de metal de la cabecera; los cuatro gruesos cirios consumidos hasta la taza ennegrecida del candelero, arden opacamente y chorrean gotas de cera, como pupilas cansadas que vierten las últimas lágrimas. Por los balcones entrecerrados, entran las ráfagas del sol como transparentes alas de átomos; el espejo está cubierto por un crespón inmóvil; las santas imágenes sonríen tras de los vidrios; el crucifijo de marfil abate la cabeza, en su eterna agonía, sobre el cuerpo enflaquecido y exangüe. Afuera se oye el paso monótono de la fúnebre comitiva que va atravesando el corredor... Dejádme aquí, solo, amigos míos; esta oscuridad es grata á mi espíritu. En los

rincones de la cámara están sollozando los cariños íntimos: un grito ahogado acaba de romper el silencio; tras de la puerta cae un cuerpo convulso; una niña, corriendo, atraviesa la alcoba; va asustada y trágica; se lleva las manos á la cabecita blonda, y murmura al salir: *mamá! mamá!...* No, no quiero ver el día; no quiero ver el cielo: son unos ingratos. Id vosotros, á quienes tanto amaba; acompañadle como otras veces, cuando en la noche, de vuelta del Teatro, nos decía: «Vamos charlando hasta la puerta de mi casa». Y le seguíamos, riendo y fumando, á través de las calles solitarias. Quiero quedarme en la oscuridad de la alcoba mirando la puntiaguda llama del blandón próximo á extinguirse, frente al lecho vacío y al Cristo exanguie...»

Y bien, aun tengo la pereza de un gran dolor trasformado en blanda melancolía. Aún al recuerdo del doliente episodio, se enervan mis energías y se me anubla en llanto el pensamiento.

Dispensadme, señores, este inoportuno temblor de voz y esta rápida remembranza de la desaparición de mi amigo. Cedí, sin querer, á los impulsos de mi corazón perfumado con el amor de un ausente que se llevó muchas ilusiones mías á la misteriosa tierra, donde duerme, como él quiso, bajo un tapiz de *flores compasivas*.

LUIS G. URBINA



La mañana de San Juan

Pocas mañanas hay tan alegres, tan frescas, tan azules, como esta mañana de San Juan. El cielo está muy limpio, «como si los ángeles lo hubieran lavado por la mañana»; llovió anoche, y todavía cuelgan de las ramas brazaletes de rocío que se evaporan luego que el sol brilla, como los sueños luego que amanece; los insectos se ahogan en las gotas de agua que resbalan por las hojas, y se aspira con regocijo ese olor delicioso de tierra húmeda, que sólo puede compararse con el olor de los cabellos negros, con el olor de la epidermis blanca y el olor de las páginas recién impresas. También la naturaleza sale de la alberca con el cabello suelto y la garganta descubierta; los pájaros se emborrachan con el agua, cantan mucho, y los niños del pueblo hunden su cara en la gran palan-gana de metal. Oh mañanita de San Juan, la de camisa limpia y jabones perfumados! yo quisiera mirarte lejos de estos calderos en que hierve grasa humana; quisiera contemplarte al aire libre, allí donde apareces virgen todavía, con los brazos muy blancos y los rizos húmedos! Allí eres virgen: cuando llegas á la ciudad, tus labios rojos han besado mucho; muchas guedejas rubias de tu undívago cabello se han quedado en las manos de tus mil amantes, como queda el vellón de los corde-ros en los zarzales del camino; muchos brazos han rodeado tu cintura; traes en el cuello la marca roja de una mordida, y vienes tambaleando con traje de raso blanco todavía, pero ya prostituido, profanado, semejante al de Giroflé después de la comida, cuando la novia muerde sus inmaculados azahares y empapa sus cabellos en el vino! No,

mañanita de San Juan, así yo no te quiero! Me gustas en el campo: allí donde se miran tus azules ojitos y tus trenzas de oro. Bajas por la escarpada colina poco á poco; llamas á la puerta ó entornas sigilosamente la ventana para que tu mirada alumbré el interior, y todos te recibimos como reciben los enfermos la salud, los pobres la riqueza y los corazones el amor. No eres amorosa? No eres muy rica? No eres sana? Cuando vienes, los novios hacen sus eternos juramentos; los que padecen, se levantan vueltos á la vida; y la dorada luz de tus cabellos siembra de lentejuelas y monedas de oro el verde oscuro de los campos, el fondo de los ríos y la pequeña mesa de madera pobre en que se desayunan los humildes, bebiendo un tarro de espumosa leche, mientras la vaca muje en el establo. Ah! Yo quisiera mirarte así cuando eres virgen, y besar las mejillas de Ninón... sus mejillas de sonrosado terciopelo y sus hombros de raso blanco!

*

Quando llegas, oh mañanita de San Juan! recuerdo una vieja historia que tú sabes y que ni tú ni yo podemos olvidar. Te acuerdas? La hacienda en que yo estaba por aquellos días, era muy grande; con muchas fanegas de tierra sembradas é incontables cabezas de ganado. Allí está el caserón, precedido de un patio con su fuente en medio. Allí está la capilla. Lejos, bajo las ramas colgantes de los grandes sauces, está la presa en que van á abrevarse los rebaños. Vista desde una altura y á distancia, se diría que la presa es la enorme pupila azul de algún gigante, tendido á la bartola sobre el césped. Y qué honda es la presa! Tú lo sabes...!

Gabriel y Carlos jugaban comunmente en el jardín.—Gabriel tenía seis años; Carlos, siete. Pero un día, la madre de Gabriel y de Carlos cayó en cama, y no hubo quien vigilara sus alegres correrías. Era el día de San Juan. Quando empezaba á declinar la tarde, Gabriel dijo á Carlos:

—Mira: mamá duerme y ya hemos roto nuestros

fusiles. Vamos á la presa. Si mamá nos riñe, la diremos que estábamos jugando en el jardín. Carlos, que era el mayor, tuvo algunos escrúpulos ligeros. Pero el delito no era tan enorme, y además, los dos sabían que la presa estaba adornada con grandes cañaverales y ramos de zempazúchil. Era día de San Juan!

—Vamos!—le dijo—llevaremos un *Monitor* para hacer barcos de papel y les cortaremos las alas á las moscas para que sirvan de marineros.

Y Carlos y Gabriel salieron muy quedito para no despertar á su mamá, que estaba enferma. Como era día de fiesta, el campo estaba solo. Los peones y trabajadores dormían la siesta en sus cañas. Gabriel y Carlos no pasaron por la tienda, para no ser vistos, y corrieron á todo escape por el campo. Muy en breve llegaron á la presa. No había nadie: ni un peón, ni una oveja. Carlos cortó en pedazos el *Monitor* é hizo dos barcos, tan grandes como los navíos de Guatemala. Las pobres moscas que iban sin alas y cautivas en una caja de obleas, tripularon humildemente las embarcaciones. Por desgracia, la víspera habían limpiado la presa, y estaba el agua un poco baja. Gabriel no la alcanzaba con sus manos. Carlos, que era el mayor, le dijo:

—Déjame á mí que soy más grande. Pero Carlos tampoco la alcanzaba. Trepó entonces sobre el pretil de piedra, levantando las plantas de la tierra; alargó el brazo é iba á tocar el agua y á dejar en ella el barco, cuando perdiendo el equilibrio, cayó al tranquilo seno de las ondas. Gabriel lanzó un agudo grito. Rompiéndose las uñas con las piedras, rasgándose la ropa, á viva fuerza, logró también encaramarse sobre la cornisa, tendiendo casi todo el busto sobre el agua. Las ondas se agitaban todavía. Adentro estaba Carlos. De súbito, aparece en la superficie, con la cara amoratada, arrojando agua por la nariz y por la boca.

—Hermano! hermano!

—Ven acá! ven acá! No quiero que te mueras.

Nadie oía. Los niños pedían socorro, estremeciendo el aire con sus gritos; no acudía ninguno.

Gabriel se inclinaba cada vez más sobre las aguas y tendía las manos.

—Acércate, hermanito, yo te estiro.

—Carlos quería nadar y aproximarse al muro de la presa; pero ya le faltaban las fuerzas, ya se hundía. De pronto, se movieron las ondas y asió Carlos una rama, y apoyado en ella logró ponerse junto al pretil y alzó una mano: Gabriel la apretó con las manitas suyas, y quiso el pobre niño levantar por los aires á su hermano que había sacado medio cuerpo de las aguas y se agarraba á las salientes piedras de la presa. Gabriel estaba rojo y sus manos sudaban, apretando la blanca manecita del hermano.

—Si no puedo sacarte! Si no puedo!

Y Carlos volvía á hundirse, y con sus ojos negros muy abiertos le pedía socorro.

—No seas malo! Qué te he hecho? Te daré mis cajitas de soldados y el molino de marmaja que te gusta tanto. Sácame de aquí!

Gabriel lloraba nerviosamente, y estirando más el cuerpo de su hermanito moribundo, le decía:

—No quiero que te mueras! Mamá! Mamá! No quiero que se muera!

Y ambos gritaban, exclamando luego:

—No nos oyen! No nos oyen!

—Santo ángel de mi guarda! Por qué no me oyes?

Y entre tanto, fué cayendo la noche. Las ventanas se iluminaban en el caserío. Allí había padres que besaban á sus hijos. Fueron saliendo las estrellas en el cielo. Diríase que miraban la tragedia de aquellas tres manitas enlazadas que no querían soltarse y se soltaban! Y las estrellas no podían ayudarles, porque las estrellas son muy frías y están muy altas!

Las lágrimas amargas de Gabriel caían sobre la cabeza de su hermano. Se veían juntos, cara á cara, apretándose las manos, y uno iba á morirse!

—Suelta, hermanito, ya no puedes más; voy á morirme.

—Todavía no! Todavía no! Socorro! Auxilio!

—Toma! voy á dejarte mi reloj. Toma, hermanito!

Y con la mano que tenía libre sacó de su bolsillo el diminuto reloj de oro que le habían regalado el Año Nuevo! Cuántos meses había pensado sin descanso en ese pequeño reloj de oro! El día en que al fin lo tuvo, no quería acostarse. Para dormir, lo puso bajo su almohada. Gabriel miraba con asombro sus dos tapas, la muestra blanca en que giraban poco á poco las manecitas negras y el instantero que, nerviosamente, corría, corría, sin dar jamás con la salida del estrecho círculo. Y decía:—Cuando tenga siete años, como Carlos, también me comprarán un reloj de oro!—No, pobre niño; no cumples aún siete años, y ya tienes el reloj. Tu hermanito se muere y te lo deja. Para qué lo quiere? La tumba es muy oscura y no se puede ver la hora que es.

—Toma, hermanito, voy á darte mi reloj; toma, hermanito!

Y las manitas, ya moradas, se aflojaron, y las bocas se dieron un beso desde lejos. Ya no tenían los niños fuerza en sus pulmones para pedir socorro. Ya se abren las aguas, como se abre la muchedumbre en procesión cuando la Hostia pasa. Ya se cierran y sólo queda por un segundo, sobre la onda azul, un bucle lacio de cabellos rubios!

Gabriel soltó á correr en dirección del caserío, tropezando, cayendo sobre las piedras que lo herían. No digamos ya más: cuando el cuerpo de Carlos se encontró, ya estaba frío, tan frío, que la madre, al besarlo, quedó muerta!

*

Oh mañanita de San Juan! Tu blanco traje de novia tiene también manchas de sangre!

Rip-Rip

Este cuento yo no lo ví; pero creo que lo soñé. Qué cosas ven los ojos cuando están cerrados! Parece imposible que tengamos tanta gente y tantas cosas dentro... porque, cuando los párpados

caen, la mirada, como una señora que cierra su balcón, entra á ver lo que hay en su casa. Pues bien, esta casa mía, esta casa de la señora mirada que yo tengo, ó que me tiene, es un palacio, es una quinta, es una ciudad, es un mundo, es el universo... pero un universo en el que siempre están presentes el presente, el pasado y el futuro. A juzgar por lo que miro cuando duermo, pienso para mí, y hasta para ustedes, mis lectores:—Jesús! qué de cosas han de ver los ciegos! Esos que siempre están dormidos, qué verán? El amor es ciego, según cuentan. Y el amor es el único que ve á Dios.

De quién es la leyenda de *Rip-Rip*? Entiendo que la recogió Washington Irving, para darle forma literaria en alguno de sus libros. Sé que hay una ópera cómica con el propio título y con el mismo argumento. Pero no he leído el cuento del novelador é historiador norteamericano, ni he oído la ópera... pero he visto á Rip-Rip.

Si no fuera pecaminosa la suposición, diría yo que Rip-Rip ha debido ser hijo del monje Alfeo. Este monje era alemán, cachazudo, flemático y hasta presumo que algo sordo; pasó cien años, sin sentirlos, oyendo el canto de un pájaro. Rip-Rip fué más yanki, menos aficionado á música y más bebedor de wiski: durmió durante muchos años.

Rip-Rip, el que yo ví, se durmió, no sé por qué, en alguna caverna en la que entró... quién sabe para qué.

Pero no durmió tanto como el Rip-Rip de la leyenda. Creo que durmió diez años... tal vez cinco... acaso uno... en fin su sueño fué bastante corto: durmió mal. Pero el caso es que envejeció dormido, porque eso pasa á los que sueñan mucho. Y como Rip-Rip no tenía reloj, y como aunque lo hubiese tenido no le habría dado cuerda cada veinticuatro horas; como no se habían inventado aún los calendarios, y como en los bosques no hay espejos, Rip-Rip no pudo darse cuenta de las horas, los días ó los meses que habían pasado mientras él dormía, ni enterarse de que era ya un anciano. Sucede casi siempre: mucho tiempo antes de que

uno sepa que es viejo, los demás lo saben y lo dicen.

Rip-Rip, todavía algo soñoliento y sintiendo vergüenza por haber pasado toda una noche fuera de su casa—él que era esposo creyente y practicante—se dijo, no sin sobresalto:—Vamos al hogar!

Y allá va Rip-Rip con su barba muy cana (que él creía muy rubia) cruzando á duras penas aquellas veredas casi inaccesibles. Las piernas flaquearon; pero él decía:—Es efecto del sueño! Y no, era efecto de la vejez, que no es suma de años, sino suma de sueños!

Caminando, caminando, pensaba Rip-Rip:—Pobre mujercita mía! Qué alarmada estará: Yo no me esplico lo que ha pasado. Debo de estar enfermo... muy enfermo. Salí al amanecer... está ahora amaneciendo... de modo que el día y la noche los pasé fuera de casa. Pero qué hice? Yo no voy á la taberna: yo no bebo... Sin duda me sorprendió la enfermedad en el monte y caí sin sentido en esa gruta... Ella me habrá buscado por todas partes... Cómo no, si me quiere tanto y es tan buena? No ha de haber dormido.... Estará llorando... Y venir sola, en la noche, por estos vericuetos! Aunque sola... no, no ha de haber venido sola. En el pueblo me quieren bien, tengo muchos amigos... principalmente Juan el del molino. De seguro que, viendo la aflicción de ella, todos la habrán ayudado á buscarme... Juan principalmente. Pero y la chiquita? y mi hija? La traerán? A tales horas? Con este frío? Bien puede ser, porque ella me quiere tanto y quiere tanto á su hija y quiere tanto á los dos, que no dejaría por nadie sola á ella, ni dejaría por nadie de buscarme. Qué imprudencia! Le hará daño?... En fin, lo primero es que ella... pero, cuál es ella?...

Y Rip-Rip andaba y andaba... y no podía correr.

Llegó, por fin, al pueblo, que era casi el mismo... pero que no era el mismo. La torre de la parroquia le pareció como más blanca: la casa del Alcalde, como más alta; la tienda principal, como con otra puerta; y las gentes que veía, como con otras caras. Estaría aún medio dormido? Seguiría enfermo?

Al primer amigo á quien halló fué al señor Cura. Era él: con su paraguas verde; con su sombrero alto, que era lo más alto de todo el vecindario; con su Breviario siempre cerrado; con su levitón que siempre era sotana.

—Señor Cura, buenos días.

—Perdona, hijo.

—No tuve yo la culpa, señor Cura... no me he embriagado... no he hecho nada malo... La pobrecita de mi mujer...

—Te dije ya que perdonaras. Y anda ve á otra parte, porque aquí sobran limosneros.

Limosneros? Por qué le hablaba así el Cura? Jamás había pedido limosna. No daba para el culto porque no tenía dinero. No asistía á los sermones de cuaresma, porque trabajaba en todo tiempo, de la noche á la mañana. Pero iba á la misa de siete todos los días de fiesta, y confesaba y comulgaba cada año. No había razón para que el cura lo tratase con desprecio. No la había!

Y lo dejó ir sin decirle nada, porque sentía tentaciones de pegarle... y era el cura.

Con paso aligerado por la ira siguió Rip-Rip su camino. Afortunadamente la casa estaba muy cerca... Ya veía la luz de sus ventanas... Y como la puerta estaba más lejos que las ventanas, acercóse á la primera de estas para llamar, para decirle á Luz:—Aquí estoy! Ya no te apures!

No hubo necesidad de que llamara. La ventana estaba abierta: Luz cosía tranquilamente, y, en el momento en que Rip-Rip llegó, Juan—Juan el del molino—la besaba en los labios.

—Vuelves pronto, hijito?

Rip-Rip sintió que todo era rojo en torno suyo. Miserable!... Miserable!... Temblando como un ebrio ó como un viejo entró en la casa Quería matar: pero estaba tan débil, que al llegar á la sala en que hablaban ellos, cayó al suelo. No podía levantarse, no podía hablar; pero sí podía tener los ojos abiertos, muy abiertos para ver como palidecían de espanto la esposa adúltera y el amigo traidor.

Y los dos palidieron. Un grito de ella—el mis-

mo grito que el pobre Rip había oído cuando un ladrón entró en la casa!—y luego los brazos de Juan que lo enlazaban, pero no para ahogarlo, sino piadosos, caritativos, para alzarlo del suelo.

Rip-Rip hubiera dado su vida, su alma también por poder decir una palabra, una blasfemia.

—No está borracho, Luz; es un enfermo.

Y Luz, aunque con miedo todavía, se aproximó al desconocido vagabundo.

—Pobre viejo! Qué tendrá? Tal vez venía á pedir limosna y se cayó desfallecido de hambre.

—Pero si algo le damos, podría hacerle daño. Lo llevaré primero á mi cama.

—No, á tu cama no, que está muy sucio el infeliz. Llamaré al mozo, y entre tú y él lo llevarán á la botica.

La niña entró en esos momentos.

—Mamá, mamá!

—No te asustes, mi vida, si es un hombre.

—Qué feo, mamá! Qué miedo! Es como el *coco*!

Y Rip oía.

Veía también; pero no estaba seguro de que veía. Esa salita era la misma... la de él. En ese sillón de cuero y otate se sentaba por las noches cuando volvía cansado, después de haber vendido el trigo de su territa en el molino de que Juan era administrador. Esas cortinas de la ventana eran su lujo. Las compró á costa de muchos ahorros y de muchos sacrificios. Aquel era Juan, aquella era Luz... pero no eran los mismos. Y la chiquita no era la chiquita!

Se había muerto? Estaría loco? Pero él sentía que estaba vivo! Escuchaba... veía... como se oye y se ve en las pesadillas.

Lo llevaron á la botica en hombros, y allí lo dejaron, porque la niña se asustaba de él. Luz fué con Juan... y á nadie le estrañó que fuera del brazo y que ella abandonara, casi moribundo, á su marido. No podía moverse, no podía gritar, decir: Soy Rip!

Por fin, lo dijo, después de muchas horas, tal vez de muchos años, ó quizá de muchos siglos. Pero no lo conocieron, no lo quisieron conocer.

—Desgraciado! es un loco! dijo el boticario.

—Hay que llevárselo al señor alcalde, porque puede ser furioso—dijo otro.

—Sí, es verdad, lo amarraremos si resiste.

Y ya iban á liarlo; pero el dolor y la cólera habían devuelto á Rip sus fuerzas. Como rabioso can acometió á sus verdugos, consiguió desasirse de sus brazos, y echó á correr. Iba á su casa... iba á matar! Pero la gente lo seguía, lo acorralaba. Era aquella una cacería y era él la fiera.

El instinto de la propia conservación se sobrepuso á todo. Lo primero era salir del pueblo, ganar el monte, esconderse y volver más tarde, con la noche, á vengarse, á hacer justicia.

Logró por fin burlar á sus perseguidores. Allá va Rip como lobo hambriento! Allá va por lo más intrincado de la selva! Tenía sed... la sed que han de sentir los incendios. Y se fué derecho al manantial... á beber, á hundirse en el agua y golpearla con los brazos... acaso, acaso á ahogarse. Acercóse al arroyo, y allí, á la superficie, salió la muerte á recibirlo. Sí; porque era la muerte en figura de hombre, la imagen de aquel decrepito que se asomaba en el cristal de la onda! Sin duda venía por él ese lívido espectro. No era de carne y hueso, ciertamente; no era un hombre, porque se movía á la vez que Rip, y esos movimientos no agitaban el agua. No era un cadáver, porque sus manos y sus brazos se torcían y retorcían. Y no era Rip, no era él! Era como uno de sus abuelos, que se le aparecían para llevarlo con el padre muerto.—Pero y mi sombra?—pensaba Rip.—Por qué no se retrata mi cuerpo en ese espejo? Por qué veo y grito, y el eco de esa montaña no repite mi voz sino otra voz desconocida?

Y allá fué Rip á buscarse en el seno de las ondas! Y el viejo, seguramente, se lo llevó con el padre muerto, porque Rip no ha vuelto!

*

Verdad que este es un sueño extravagante?
Yo veía á Rip muy pobre, lo veía rico, lo mira-

ba joven, lo miraba viejo; á ratos en una choza de leñador, á veces en una casa cuyas ventanas lucían cortinas blancas; ya sentado en aquel sillón de otate y cuero; ya en un sofá de ébano y raso... no era un hombre, eran muchos hombres... tal vez todos los hombres. No me esplico cómo Rip no pudo hablar; ni cómo su mujer y su amigo no lo conocieron, á pesar de que estaba tan viejo; ni por qué antes se escapó de los que se proponían atarlo como á loco; ni sé cuántos años estuvo dormido ó aletargado en esa gruta.

Cuánto tiempo durmió? Cuánto tiempo se necesita para que los seres que amamos y que nos aman nos olviden? Olvidar es delito? Los que olvidan son malos? Ya veis qué buenos fueron Luz y Juan cuando socorrieron al pobre Rip que se moría; la niña se asustó; pero no podemos culparla: no se acordaba de su padre. Todos eran inocentes, todos eran buenos... y sin embargo, todo esto da mucha tristeza.

Hizo muy bien Jesús el Nazareno en no resucitar más que á un solo hombre, y eso á un hombre que no tenía mujer, que no tenía hijas y que acababa de morir. Es bueno echar mucha tierra sobre los cadáveres.

La hija del aire

Pocas veces concurre al Circo. Todo espectáculo en que miro la abyección humana, ya sea moral ó física, me repugna grandemente. Algunas noches hace, sin embargo, entré en la tienda alzada en la plazoleta del Seminario. Un saltimbanco se deslocaba haciendo contorsiones grotescas, explotando su fealdad, su desvergüenza y su idiotismo, como esos limosneros que, para estimular la esperada largueza de los transeuntes, enseñan sus llagas y explotan su podredumbre. Una mujer—casi desnuda—se retorció como una víbora en el aire. Tres ó cuatro gimnastas de hercúlea musculación se arrojaban grandes pesos, bolas de bronce y barras de hierro. Cuánta degradación! Cuánta miseria! Aque-

llos hombres habían renunciado á lo más noble que nos ha otorgado Dios: el pensamiento. Con la sonrisa del cretino ven al público que patalea, que aulla y que les estimula con sus voces. Son su bestia, su cosa. Alguna noche, en medio de ese redondel enarenado, á la luz de las lámparas de gas y entre los sonos de una mala murga, caerán desde el trapecio vacilante, oirán el grito de terror supremo que lanzan los espectadores en el paroxismo del deleite, y morirán bañados en su propia sangre, sin lágrimas, sin piedad, sin oraciones!

*

Pero lo que subleva más mis sentimientos, es la indigna explotación de los niños. Pocas noches hace, cayó una niña del caballo que montaba y estuvo á punto de ser horriblemente pisoteada. Recordais á la pobrecita hija del aire, que vino al mismo circo un año hace? Todavía me parece estarla viendo: el payaso se revuelca en la arena, diciendo insulsas gracejadas; de improviso miro subir por el volante cable, que termina en la barra del trapecio, á un ser débil, pequeño y enfermizo. Es una niña. Sus delgados bracitos van tal vez á quebrarse; su cuello va á troncharse y la cabeza rubia caerá al suelo, como un lirio, cuyo delgado tallo tronchó el viento. Cuántos años tiene? Ay! es casi imposible leer la cifra del tiempo en esa frente pálida, en esos ojos mortecinos, en ese cuerpo adrede deformado! Parece que esos niños nacen viejos.

Ya se encarama á los barrotes del trapecio, ya comienza el suplicio. Aquel cuerpo pequeño se descoyunta y se retuerce; gira como rehilete, se cuelga de la delgada punta de los pies, y, por un milagro de equilibrio, se sostiene en el aire, detenido por los talones diminutos que se pegan á la barra movediza. A ratos, sólo alcanzo á ver una flotante cabellera rubia, suelta como la de Ofelia, que da vueltas y vueltas en el aire. Diríase que la sangre huye espantada de ese frágil cuerpo, que tiene la blancura de los asfixiados y se refugia

únicamente en la cabeza. El público aplaude... Ninguna mujer llora. He visto llorar á tantas por la muerte de un canario!

*

Cuando acaba el suplicio, la niña baja del trapezio, y, con sus retratos en la mano, comienza á recorrer los palcos y las gradas. Pide una limosna. Pasa cerca de mí: yo la detengo.

—Éstás enferma?

—No, pero me duele mucho...

—Qué te duele?

—Todo.

La luz de sus pupilas arde tenuemente como la luz de uua luciérnaga moribunda. Sus delgados labios se abren para dar paso á un quejido, que ya no tiene fuerzas de salir. Sus bracitos están flacos, pálidos, exangües. Es la hija del dolor y de la tristeza. Así, tan pálida y tan triste era la niña que miré agonizar, y cuya imagen quedó grabada para siempre en mi memoria. La infancia no tiene para ella tintes sonrosados, ni juegos, ni caricias, ni alegrías. No: no es el alma que viene, es el alma que se va.

*

Dí pobre niña, qué no tienes madre? Naciste acaso de una pasionaria ó viniste á la tierra en un pálido rayo de la luna? Si tuvieras madre, si te hubieran arrebatado de sus brazos, ella, con esa adivinación incomparable que el amor nos da, sabría que aquí llorabas y sufrías; traspasando los mares, las montañas, vendría como una loca á libertarte de esta esclavitud, de este suplicio! No, no hay madres malas, es mentira. La madre es la proyección de Dios sobre la tierra. Tú eres huérfana.

Por qué no moriste al punto de nacer? Por qué recorres con los pies desnudos ese duro país del sufrimiento? Dí, pobre niña: qué, tú no tienes ángel de la guarda? Éstás muy triste: nadie endulza tu tristeza. Éstás enferma: nadie te cura ni te aca-

ricia blandamente. Ah! cómo envidiarás á esas niñas felices y dichosas que te vienen á ver, al lado de sus padres! Ellas no han sentido cómo la recia mano de un gimnasta desalmado quiebra los huesos, rompe los tendones y disloca las piernas y los brazos, hasta convertirlos en morillos elásticos de trapo! Ellas no han sentido cómo se encaja en la carne viva el látigo del adiestrador que te castiga. Para ellas no hay trabajo duro; no hay vueltas ni equilibrios en la barra fija. Tienen madre!

Dí, pobre niña: por qué no te desprendes del trapecio para morir siquiera y descansar? Tú, enferma, blanca, triste, paseas lánguidamente tu mirada. Cómo debes odiarnos, pobre niña! Los hombres — pensarás — son monstruos sin piedad, sin corazón. Por qué permiten este cruentísimo suplicio? Por qué no me recogen y me dan, ya que soy huérfana, esa madre divina que se llama la santa Caridad? Por qué pagan á mis verdugos y entretienen sus ocios con mis penas? Ay, pobre niña! tú no podrás quejarte nunca á nadie. Como no tienes madre en la tierra, no conoces á Dios y no le amas. Te llaman hija del aire; si lo fueras, tendrías alas; y si tuvieras alas, volarías al cielo!

*

Pobre hija del aire! Tal vez duerme ahora en la fosa común del camposanto! La niña mártir de la temporada no trabaja en el trapecio sino á caballo. Todo es uno y lo mismo.

Oigo decir con insistencia que es preciso ya organizar una sociedad protectora de animales. Quién protegerá á los hombres? Yo admiro esa piedad suprema que se estiende hasta el mulo que va agobiado por el peso de la carga, y el ave cuyo vuelo corta el plomo de los cazadores. Esa gran redención que libra á todos los esclavos y emprende una cruzada contra la barbarie, es digna de aprobación y de encarecimiento. Mas quién liberará á esos pobres seres que los padres corrompen y prostituyen, á esos niños mártires cuya existencia es un larguísimo suplicio, á esos desventurados

que recorren los tres grandes infiernos de la vida:
—la Enfermedad, el Hambre y el Vicio?

Los amores del cometa

De oro, así es la cauda del cometa. Viene de las inmensas profundidades del espacio y ha dejado en las púas de cristal que tienen las estrellas, muchas de sus guedejás luminosas. Las coquetas quisieron atraparle; pero el cometa pasó impasible, sin volver los ojos, como Ulises por entre las sirenas. Venus le provocaba con su voluptuoso parpadeo de media noche, como si ya tuviera sueño y quisiera volver á casa acompañada. Pero el cometa vió el talón alado de Mercurio que sonreía mefistofélicamente, y pasó muy formal á la distancia respetable de veintisiete millones de leguas. Y allí le veis. Yo creo que en uno de sus viajes halló la estrella de nieve á donde nunca llega la mirada de Dios, y que llaman los místicos Infierno. Por eso trae erizos los cabellos. Ha visto muchas tierras, muchos cielos; sus aventuras amorosas hacen que las siete cabrillas se desternillen de risa, y, cuando imprima sus memorias, veréis cómo las comprarán los planetas para leerlas á escondidas, cuidando de que no caigan en poder de las estrellas doncellitas. Tiene mucha fortuna con las mujeres: es de oro!

*

No me había sido presentado. Yo, comúnmente, no recibo á las cuatro y treinta y dos minutos de la madrugada; y ese gran noctámbulo deja sus sábanas azules muy temprano, para espiar la alcoba de la aurora por el ojo de la llave, luego que la divina rubia salta de su lecho con los brazos desnudos y el cabello suelto. Su pupila de oro espía por la cerradura del Oriente. Tal vez en ese instante la aurora baja las tres gradas de ópalo que tiene su lecho nupcial, y busca para cubrir sus plantas entumecidas, las pantuflas de mirtos que

los ángeles forran por dentro con plumas blancas desprendidas de sus alas. Y él la mira; la circunda con el áureo fluido de sus ojos; la palpa con la vista; siente las blandas ondulaciones de su pecho; ve cómo entorna los párpados, descubriendo sus pupilas color de *no me olvides*, y recibe en el rostro las primeras gotas de rocío que van cayendo de las trenzas rubias, cuando la diosa moja su cabeza en la gran palangana de brillantes, y aliaña con el peine de marfil su cabellera descompuesta por la almohada. El cometa está enamorado. Por eso se levanta muy temprano.

*

Cuando los diarios anunciaron su llegada, yo dudé de su existencia. Creí que era un pretesto del sol para obligarme á dejar el lecho en las primeras horas matinales. El padre de la luz está reñido conmigo porque no le hago versos y porque no me gusta su hija el alba.

La blancura irreprochable de esa mujer, me desespera; y desde que amo con toda el alma á una morena, odio á las rubias y sobre todo á las inglesas. La noche es morena... como tú! Perdón! Debí haber dicho: como usted!

Pero el cometa, á pesar de estas dudas, existía. Un sacerdote que va á decir su misa antes del alba, le había visto. No era, pues, un pretesto del herviente sol para tenerme desvelado y vengarse de todos mis desvíos. Los panaderos le conocían y saludaban. El gran viajero del espacio estaba en Méjico.

Los graves observadores de Chapultepec no han desplegado aún sus labios, y guardan una actitud prudente para no comprometerse. No saben todavía si ese cometa es de buena familia. Y tienen sobradísima razón. No hay que hacer amistades con un desconocido que, á juzgar por la traza, es un polaco aventurero. Sobre todo, no hay que fiarle dinero. A qué ha venido?

La honradez del cometa es muy dudosa. Sale, á la madrugada, del caliente camarín en que duerme

la aurora, y no contento con deshonrarla de este modo, espía por la cerradura de la llave hasta que acaba de lavarse. Yo no sé si la aurora es casada; pero séalo ó no, la hora á que el cometa sale de su casa, no habla muy alto en pro de su reputación.

El cometa no es caballero. Hace alarde de sus bellaquerías: sale con insolencia, afrentando á los astros pobres con el lujo opulento de su traje, y, sin respeto al pudor de las estrellas vírgenes, compromete la honrosa reputación de una señora. No tiene vergüenza. Cuando menos debía embozarse en una capa.

*

Vanamente esperé que el gran desconocido apreciara en el cielo raso de mi alcoba. Para este excursionista, que no viene de Chicago, no hay hombres notables ni visitas de etiqueta. Tuve, pues, que esperarle en pie y armado, como aguarda un celoso al amante de su mujer, para darle, al pasar, las buenas noches. Eran las cuatro y media de la madrugada. Las estrellas cuchichearon entre sí, detrás de los abanicos, y algo como un enorme chorro de champaña, arrojado por una fuente azul, se dibujó en Oriente. Era el cometa. La luna, esa gran bandeja de plata en donde pone el sol monedas de oro, se escondía, desvelada y pálida, en Oeste. Los luceros y yo teníamos frío.

*

Mas si el cometa no presagia ahora el desarrollo de la epidemia, ni la contingencia de un conflicto internacional con Guatemala, sí puede chocar en el océano oscuro del espacio con esta cáscara de nuez en que viajamos. Tal conjetura no es absolutamente inadmisibile. Hay 281 millones de probabilidades en contra de esa hipótesis; pero hay una á favor. Si el choque paralizara el movimiento de traslación, todo lo que no está pegado á la superficie de la tierra, saldría de ella con una velocidad de siete leguas por segundo. El tenor Prats llega-

ría á la luna en cuatro minutos. Si el choque no hiciera más que detener el movimiento de rotación, los mares saldrían de madre descaradamente y cambiarían el ecuador y los polos. Qué admirable espectáculo! Los mares vaciándose, como pltones que se voltean, sobre la tierra! El astrónomo Witson cree y sostiene que el diluvio fué ocasionado por el choque de un cometa: el que apareció nuevamente en 1680.

Podía también el bandolero del espacio envolvernarse en su opulenta cola de tertulia. Los cometas debían usar vestido alto. Por desgracia sus grandes colas áureas, eterna desesperación de las actrices, tienen á las veces treinta y hasta ochenta millones de leguas. Si la estremidad de una de esas colas gigantescas penetrase en nuestra atmósfera, cargadas como están de hidrógeno y carbono, la vida sería imposible en el planeta. Sentiríamos primero una torpeza imponderable, como si acabáramos de almorzar en el restaurant de Recamier; y luego, gracias al decrecimiento del ázoe, un regocijo inmenso y una terrible excitación nerviosa, provocada por la rápida combustión de la sangre en los pulmones y por su rápida circulación en las arterias. Todos nos moriríamos riendo á carcajadas! Servín abrazaría á Joaquín Moreno, y García de la Cadena al General Aréchiga.

*

Pero, quién piensa en ese horrible fin del mundo, oh vida mía?

El olor de las rosas dura poco y el champaña se evapora en impalpables átomos, si le dejamos, olvidadizos, en la copa. Nuestro cariño vuela á donde van las notas que se pierden, gimiendo, en el espacio. Mañana, tú tendrás canas y yo arrugas. En tus rodillas saltarán contentos tus chicuelos. Descuida: tenemos tiempo para amarnos, porque el amor dura muy poco. Cierra de noche tus balcones para que no entre muy temprano la luz impertinente de la aurora, y procura que duerma tu previsión, para que no adivines los desengaños y

las decepciones que nos trae el porvenir. El mundo está viejo, pero nosotros somos jóvenes. Cuando estés en un baile, no pienses nunca en la diana del alba ni en el frío de la salida, porque tus hombros desnudos se estremecerán, como sintiendo el áspero contacto de un cierzo de diciembre, y sentirás subir á tu garganta el bostezo imprudente del fastidio. La esperma brilla, y hay mucha luz en los espejos, en los diamantes y en los ojos. La música retoza en el espacio, y el vals, como la ola azul de un río alemán, arrastra las parejas estrechamente unidas como los cuerpos de Paolo y de Francesca.

Las copas de Bohemia desbordan el vino que da calor al cuerpo, y la boca entreabierta de la mujer derrama esas palabras que dan calor al alma. El alba se espereza entre tanto, y piensa en levantarse. No pensemos en ella. Afuera sopla un viento frío que rasga las desnudas carnes de esas pobres gentes que han pasado la noche mendigando y vuelven á sus casas sin un sólo mendrugo de pan negro.

No pienses, por Dios, en la capota de pesadas pieles que duerme, aguardándote, en el guardarropa, ni en los cerrados vidrios de tu coche. Fin del mundo y salida de un baile, todo es uno. Final de fiesta mezclado de silencio y de fatiga; hora en que se apagan los lustros y cada cual vuelve á su casa; aquellos á dormir bajo las ropas acolchonadas de su lecho, y éstos á descansar entre los cuatro muros de la tumba. Las bujías pavesean, lamiendo las arandelas del enroscado candelabro; los pavos del *buffet* muestran sus roídas caparazones y sus vientres abiertos; los músicos, luchando á brazo partido con el sueño, como Jacob con el ángel, no encuentran aire en sus pulmones para arrojarlo por el agudo clarinete, ni vigor en sus flojas articulaciones para esgrimir el arco del violín; sobre la blanca lona que cubre las alfombras, hay muchas flores pisoteadas y muchas blondas hechas trizas; las mujeres se van poniendo ojeras; y el polvo de arroz cae, como el polen de una flor, de sus mejillas; los cocheros, inmóviles, duermen en el pescante, envueltos hasta la frente

con sus carricks; este es el fin del baile, este es el fin del mundo. Pero—aguarda un momento—falta el cotillón!

Restons! L'étoile vagabonde,
Dont les sages ont peur de loin,
Peut-etre, en emportant le monde,
Nous laissera dans notre coin! ¹

*

El cometa no viene á esterminarnos. Sigue agitando su cabellera merovingia ante la calva respectable de la Luna, y continúa sus aventuras donjuanescas. Tiende á Marte una estocada y se desliza como anguila por entre los anillos de Saturno. Míralo! Sigue *lagartijeando* en el espacio, bombardeado por las miradas incendiarias de la Osa. Reposa en la silla de Casiopea y se ocupa en bruñir el coruscante escudo de Sobieski. El Pavo real despliega el abanico de su cola para enamorarle, y el ave indiana va á pararse en su hombro. La Cruz austral le abre los brazos, y los Lebreles marchan obedientes á su lado. Allí está Orión que le saluda con los ojos, y el fatuo Arturo viéndose en el espejo de las aguas. Puede rizar la cabellera de Berenice, é ir, jinete en la Girafa, á atravesar el Triángulo boreal. El León se echa á sus pies y el Centauro le sigue á galope. Hércules le presenta su maza y Andrómeda le llama con ternura. La Vía Láctea tiende á sus pies una alfombra blanca, salpicada de relucientes lentejuelas, y el Pegaso se inclina para que lo monte.

Pero vosotros no lo poseereis, oh estrellas enamoradas! Ya sabe que otros de sus compañeros se han perdido por acercarse mucho á los planetas. Como los hombres cuando se enamoran, se han casado. Perdieron su independendencia desde entonces, y hoy gravitan siguiendo una cerrada curva ó una elipse. Por eso huye y esquivá vuestras redes

¹ Quedémonos! El astro errante, que los sabios temen de lejos, arrebatando el mundo, quizá nos deje en nuestro rinconcito!

de oro: es de la aurora! Miradle cómo espía á su rubia amada, por la brillante cerradura del Oriente. El cielo empieza á ruborizarse. Ya es el día! Las estrellas se apagan en el cielo, y los ojos que yo amo se abren en la tierra!

Las monedas de níquel

Nunca pensé que las monedas de níquel, tan humildes y pobrecitas como son, trajesen alarmados á los gobernantes, á los economistas, á los escritores y á las amas de casa. Las monedas de níquel, generalmente hablando, son honradas. No visitan las casas de juego, ni brincan como duendes familiares en las rodillas de una hermosa. Las monedas de níquel no han corrompido nunca la virtud de una mujer. Muy al contrario, son modestas, trabajadoras, recatadas. Su habitación es el bolsillo de las costureras honestas, que se conforman con hacer vestidos para otras, y con desvestirse una vez al día, y eso á oscuras. Como sus dueñas, andan mal vestidas; por eso el mundo, tan pagado de apariencias, las mira con desdén y compasión. Los gomosos las alojan en el sitio peor; esto es, en los bolsillos de sus pantalones. La cartera de piel de Rusia y broches de oro, es para los billetes de Banco, para las cartas de las novias y para los boletos de empeño; los bolsillos del chaleco son para las monedas más formales: á dónde, pues, iría á abrigarse el níquel, sin las holgadas bolsas del pantalón, que vienen siendo como el cuarto del portero ó como la escalera de servicio? De esa vivienda, que nada tiene de lujosa y pulcra, pasan á las manos de algún granuja cerillero, de un mendigo, ó de un empleado de Ramón Guzmán. Algunas, y estas son las dadas á la vida alegre, prefieren acompañar en su abandono á los mozos de café. Con las señoras, no es menos ingrato su destino. Las hacendosas suelen llevarlas en los bolsillos de su delantal, mientras se ocupan en las haciendas de la casa. Para esas púdicas monedas son los bochornos de la cocina, el áspero contacto

de las manos que trabajan, los ladrillos del brase-ro, y los araños del canasto. Son decentes; nacieron en la Cámara de Diputados; conocen á Carbajal y á Pancho Bulnes; su cuna se meció en un departamento del Palacio, y, para recibir las aguas del bautismo, atravesaron la suntuosa escalera de la Escuela de Minas; pero las monedas de níquel pertenecen á la clase de las mujeres honradas, pero pobres, como la «Biblioteca» de mi más querido amigo el señor don Manuel Gutiérrez Nájera. Las monedas de níquel pertenecen á una familia distinguida; pero han venido á menos y tienen que codearse, en el cesto de las compras, con rábanos, zanahorias y lechugas. Viven, por así decirlo, en casa de vecindad. No van á bailes, ni frecuentan los salones del «Jockey Club»,¹ ni juegan al poker con Rafael David, ni apuestan á *Colonche* contra *Halcon*,² ni salen en tren espreso á recibir al marqués de San Basilio.

Necesitan juntarse cinco, cuando menos, para comprar el derecho de sentarse todas en un mismo asiento, y asistir á la representación de la Mascotte. Son muy pobres, muy desvalidas, muy humildes, y á pesar de esto, los señores periodistas se empeñan en quitarles el crédito... el crédito, la fortuna de los pobres. No haré causa común con esos desalmados, deshonorando á personas tan apreciables y tan pobres. Yo recibo con el bolsillo abierto á esas desventuradas criaturas. Las desprecian? Tienen que sufrir los malos modos y el arisco ceño de abarroteros, pinches y conductores de tranvía? Pues bien, aquí estoy yo. No me casaré con ninguna de ellas porque mi amor á las mujeres pobres no llega hasta el matrimonio, pero aquí estoy para consolarlas con caricias y para decirles que creo en su virtud. También me gustan las costureras honraditas, cuando á las oraciones salen del taller, y las sigo, sin alcanzarlas, porque aprietan el paso y se escabullen. Muchos dicen que las

¹ Un club aristocrático de la ciudad de Méjico; como decir aquí «El Club Internacional».

² Caballos de carrera.

monedas de níquel ya no corren: esto es falso. Corren tanto como las costureras de que hablaba; por eso hay muchos que no logran darles caza.

Ayer mismo tuve la dicha de encontrarme á solas con una de esas moneditas calumniadas. Era sábado, es decir, el día en que se llega al fin de la semana y al fondo del bolsillo. Sabe Dios cuántos días habría pasado la infeliz en la incómoda bolsa de mi pantalón. Al sacarla sentí vergüenza, porque al fin era una señora. La miré con ternura, me disculpé lo mejor que pude de mi falta de galantería y la puse con muchos miramientos en la carpeta verde de la mesa. Pobre moneda! Tenía una corona de laurel, como Dante Alighieri. Estaba intacta. En el anverso llevaba las armas del amor: un arco y un carcaj; y en el reverso una V muy graciosa, que, probablemente, estaba puesta allí para advertirnos que era virgen. La moneda se percató, sin duda, de mi encogimiento y observando la turbación de mi conciencia, quiso alentarme con palabras generosas. Las monedas hablan, y tan recio que las oyen los sordos.

—Duque Job,—me dijo con una voz muy apacible, aunque no muy argentina, por desgracia—duque Job, tú eres de esas almas buenas que me reciben sin descuento. Tu nobleza me infunde respeto, pero tu nombre de bautismo me inspira confianza.

Eres un poco frívolo, es verdad; pero todavía no te has pervertido, porque es difícil pervertirse siendo pobre. Me tuviste olvidada algunos días, mientras te fué posible contemplar el noble rostro de don Pedro Romero de Terreros,¹ los tipos nacionales tan admirablemente dibujados por el Banco de Londres y las águilas color de chocolate que Marnsdorff nos trajo del Japón. Me dejaste por los pesos de plata, y hasta por las pesetas delgad-

¹ Este don Pedro Romero de Terreros, los tipos nacionales (indios y asnos) y las águilas color de chocolate, quizá sean marcas distintivas de los billetes de banco mejicanos, como lo son en los nuestros, Colón, Mr. Keith, Juan Mora, etc., etc.

chas, feas y viejas, tan manoseadas y traídas, que ya no tienen cara, porque se les ha caído de vergüenza. Si hubieras tenido onzas, por ellas me habrías dejado en abandono. Afortunadamente no las tenías, porque del mismo modo pagan tu cariño las monedas de oro y las mujeres rubias. Pero tú, duque Job, no eres malo en el fondo; leo en tu alma y adivino los remordimientos que te acosan. La experiencia te alecciona muy bien y—ya lo ves—don Pedro Romero de Terreros es voluble como la pluma en el viento; los indios y los asnos que representan el Banco de Londres huyeron, ruborizados, de tus brazos; las águilas color de chocolate volvieron al Japón con Mamelsdorff, sólo yo te guardé fidelidad; vuelve, pues, hijo pródigo; las queridas de un día te abandonaron; yo, tu mujer legítima, aquí estoy!

Al escuchar estas palabras, sentí que brotaba llanto de mis ojos. Qué alma de moneda! Y había estado durante muchos días en el bolsillo de mis pantalones!

La moneda, sin inmutarse, prosiguió:

—Como sé, duque Job, que no eres malo, quiero iniciarte en mis secretos y hacerte mis confidencias. Piensas tú que no sufro? En el mundo de las monedas, como en el vuestro, hay sus categorías, sus distinciones y sus clases. La aristocracia, son las rubias, las de oro. Los pesos, son los banqueros, los *parvenus*, como dirías en francés para no decirlo en galicismo. Las pesetas componen la clase media.

Yo estoy algo más abajo todavía, pertenezco á la clase pobre decente; soy, como si dijéramos, la hija de un general que sirvió al imperio y dejó á su familia en la miseria. Procuro vestirme lo mejor posible para no inspirar lástima, pero los hombres no estiman mis sacrificios y se van tras el esplendor de una onza de oro. A mí podrían obtenerme con esfuerzo pequeñísimo y yo tal vez les habría dado la felicidad; pero no quieren. La onza les seduce, les atrae; es una azafranada que provoca la fiebre del deseo; quieren á toda costa poseerla; pero ella, que para cautivarles, empleó todos

los ardides de la coquetería, les paga con esquivances y desprecios.

Es la mujer sin corazón: es Coral Perla. Algunos llegan hasta su alcoba con las manos ensangrentadas; porque el oro es vampiro: bebe sangre. «Qué quieres?» le preguntan. Y ella, siempre impasible, siempre fría, responde á todos.—«Por el trabajo podrías tal vez llegar á mí; pero el trabajo es un camino largo, más largo á veces que la vida. Cuando llegaras á obtenerme estarías ya viejo y enfermo. Si tienes prisa de buscar mi amor, escoge el crimen. La sangre no me asusta, porque resbala por mi pulida superficie sin mancharme». —Y el hombre desatentado é impaciente, ahoga su conciencia, como se mata á un perro que ladra, y por el torpe amor de aquella rubia, no retrocede ante ningún linaje de bajezas ni de crímenes. Los más no logran obtenerla: se quedan en el presidio ó en la vergüenza. Algunos llegan; pero éstos, lejos de hallar la calma apetecida sienten que se exagera su pasión, que no logran jamás satisfacerla y, como Salomón en medio del serrallo, piden otra mujer... otra onza de oro!

Desengáñate, Job, cada moneda tiene por dentro lágrimas y sangre, como aquellas que, según cuenta la leyenda, rompió Francisco de Paula ante Luis XI. Ves aquella que parece tan pura, tan hermosa? Pues apartó de la virtud á una mujer. Le bastó verla para que olvidase los ejemplos benditos de la madre, el amor del esposo y la honra de los niños inocentes que dormían, abrazados en su cuna. El marido murió de pena y de vergüenza; la madre pide limosna en la cancela de una iglesia; los hijos, que han crecido ya y son hombres, van con la frente baja y siempre solos, como andaban los leprosos; pero la pecadora obtuvo la onza y la perdió á una sota en los albures. Y sin embargo, la azafranada cínica é infame que se goza en el llanto de las madres, provoca al crimen y lleva á sus amantes á la cárcel; es más querida, más buscada y más famosa que yo, la casta, la púdica, la virgen!

A quién pervierto? á quién corrompo? á quién

insulto? quién se ha suicidado por mi amor? Puede ser que alguien me robe; pero á quién ahorcan por cinco centavos? Cuando Fausto sedujo á Margarita, no llevaba monedas de níquel en el bolsillo, primeramente, porque el diablo no ha acuñado nunca más que oro, y luego porque don Pancho Landero no fué nunca ministro en Alemania. A mí, generalmente, se me adquiere por medio del trabajo.

Tú me pagaste con algunas líneas de tu pésima letra que es la condenación de los cajistas. Dilo ahora con franqueza: te he ayudado para engañar á una mujer? Me has visto en el tapete verde de las casas de juego? Puse acaso en tus manos una copa de ajeno? Yo soy una torta de pan para el menesteroso que no come en la Concordia; una vela de sebo, para que no se asusten los muchachos; una limosna para el pordiosero; un jabón para las manos que picotea la aguja ó quema el sol; en los labios del niño me llamo caramelo, y en el corpiño de la mujer me llamo flor. Conmigo no puedes entrar en el teatro, pero puedes ir al cielo. Como no peso, no detengo á ninguno en la tierra. Es verdad que reunida á muchas otras constituyo una fuerza, capaz de comprarlo todo, hasta el amor. Pero entonces me olvidan, me abandonan y me cambian por plata, por billetes y por oro. Vuelvo á mi vida trashumante, á mi existencia de penuria y de privaciones. Para mí son los bolsillos rotos, los canastos de verdura, la frialdad de los ladrillos, el horror de las noches sin vela y de las camas sin colchones. Vivo entre criadas y tenderos. Tengo todos los nombres bajos y plebeyos. Yo me llamo frijol, arroz, garbanzo... qué horror! hasta me llamo ajo y cebolla! Para las otras son el raso, los chalecos de Sarre, los cajones de palo-santo, los teatros, los bailes y las fiestas. Se llaman encajes, perlas y diamantes. Los poetas, que encarecen prolijamente la humildad y que desdennan las pompas vanas de la tierra, hablan en sus versos de la voz argentina y los cabellos de oro. Cuándo les has oído pronunciar mi nombre? Cuándo han dicho que sus amadas tienen voz de

níquel y cabellos de á centavo? Tú mismo, Duque Job, me tuviste olvidada... y en qué sitio!

Sin embargo, yo pude darte la felicidad, como la dí, en cierta ocasión, á un dueño ingrato. Conmigo y una moneda de á centavo, entró al tranvía. Iba en el una chica muy guapa, muy aseada y muy honesta, que también, como yo, era de níquel; quiero decir, que era muy pobre y muy honrada. Las mujeres de níquel son las mujeres para el matrimonio. Mi amigo estaba desesperado de la vida. Las rubias le habían costado mucho oro, y las morenas muchos billetes del Banco Mercantil. Unas no le quisieron, porque tenían mucho dinero; y otras porque no tenían nada y querían tener mucho. Y él, con tenaz capricho, se aferraba en buscar la madre de sus hijos en los palcos del teatro, mientras la Thé representaba la escena de las cosquillas en la «Jolie Parfumeuse». Quería que su novia fuese á la calzada, aun cuando fuese en coche ajeno. Y tal vez se habría casado, para ser infeliz toda su vida, con alguna de aquellas casquivanas que todo lo posponen á un sombrero, á un par de guantes ó á un billete de teatro. Pero quiso el destino que aquel día no me tuviese más que á mí en la bolsa. Comenzaba á llover y ambos subimos al tranvía. A tener más dinero, habría tomado un coche. Por lo tanto, yo sola fuí la causa del encuentro. Mi joven dueño comenzó á examinar las perfecciones físicas de su vecina; se gustaron, y ocho meses después, mi amigo se casó con la de níquel que es honrada á carta cabal, bonita, trabajadora; en fin de cuentas, lo que se llama una hormigueta de la casa. Y es feliz, muy feliz: todo por mí!

Cierta noche, íbamos, Duque Job, solos y juntos, por calles apartadas y desiertas. Volvías de un baile y eran las cuatro de la madrugada. En los portales, una mendiga flaca y haraposa, tendió su mano para pedirte una limosna.

Tú no miraste su semblante, porque llevabas la memoria llena con los encantos de Enriqueta. Si hubieras detenido tus miradas en aquella mujer, joven y esbelta, habrías podido contemplar

sus grandes ojos, rodeados por círculos azules, la pequeñez y gracia de sus manos y el color ambarrino de sus rizos. La voz de aquella desdichada pordiosera sonó apenas, como el canto de un pajarrico moribundo. Tú la escuchaste, pero soplaba un aire frío y no quisiste desabotonar tu gabán para sacarme de la bolsa. Y la niña quedó sola y enferma, en medio del silencio de la noche. Veía con tristeza inmensa los luceros, como si deseara volar á hacerles compañía. Pasó un hombre que salía ganancioso de la timba, y acercándose á la mendiga, dijo á media voz:

—Quieres los luceros? Pues yo haré que bajen á prenderse en tus orejas.

Y el hambre, el frío y el abandono aconsejaron mal á la cuitada, que compró aquella noche un pedazo de pan por un botón de azahar. Después, el vicio, como una tierra pegajosa, la detuvo. Tú la viste con menosprecio y la acusaste en nombre de la moral. Y sin embargo, si no hubieras tenido frío y egoísmo aquella noche, si me hubieras sacado de la bolsa, la pordiosera no se habría perdido. Yo pude darte el cielo y no quisiste.

Y ya lo ves: en pago de mis bienes, me tuviste olvidada hasta que las demás monedas te dejaron. En pago de mi honradez y mi virtud, los periodistas me quitaron la honra. Dicen que he enriquecido á muchos: mírame bien, y dí si tengo cara de haber enriquecido nunca á nadie?

Yo abolí la esclavitud, dejando en libertad á esos negros de cobre que padecían en el mercado. Ahora, Ramón Guzmán no quiere admitirme en los ferrocarriles del Distrito, si no me fían de *mancomun é insolidum*,¹ otras dos moneditas de á centavo. Así paga este mundo la virtud.

*

La moneda calló. Imprimí un casto beso en su corona de laurel y me dispuse á escribir «La vida en México». Por desgracia, ya era tarde. No podía

¹ Haciéndose solidarias conmigo.

hablar de Jorge Carmona, ni del baile que prepara el Jockey Club, ni de las fiestas más ó menos campestres de San Angel. La moneda me había quitado el tiempo. Qué iba á hacer con ella? A darla á un cerillero para fomentar la vagancia? No; la guardé con profundísimo respeto y la traje, envuelta en papel de seda, á la redacción. Aquí estará espuesta todo el día de hoy. Los que deseen oír su voz, pueden acercarse á cualquiera hora. Por desgracia, las monedas de níquel hablan bajo.

Ya no hay Corpus!

Mayo 27 de 1883

Abuelita, abuelita, la de cabellos blancos y anteojos de oro en caja de marfil! abuelita, abuelita, bien hace Dios en no querer que salga usted de ese rincón pacífico y oscuro en que maulla el gato y lee usted vidas de santos; bien hace Dios en tenerla sujeta con un hilo de algodón á la mesilla donde una lámpara de aceite alumbrá el gancho y los tejidos comenzados: abuelita, abuelita, ya no hay frailes, ya no hay procesiones, ya no hay Corpus! Ya me parece ver cómo, al oír estas palabras, cae de sus manos la enorme bola de hilo blanco y hasta el Año Cristiano, desencuadernado. El gato juega á la pelota con el hilo, y araña con su garra volteriana las páginas amarillas del devoto libro. Usted no mira nada: abre los ojos espantados y murmura en voz baja: Ya no hay Corpus!

Y es verdad: he recorrido las calles principales, que antes cubría el espeso toldo blanco y que ahora calienta el sol con dardos inflamados; he atravesado de una acera á otra, con grave riesgo de morir bajo las pezuñas de un caballo, y no he visto esos talares hábitos del fraile que antes formaban toda mi delicia, ni he escuchado el redoble marcial de los tambores que cerraban la marcha de la procesión. Abuelita, abuelita, ya no hay Corpus!

Mientras usted leía «Vidas de Santos», el mundo

cambió como se cambian los telones en el escenario. Ah, si pudiera usted salir de su rincón, aunque el gato egoísta se enojara, y ver las calles cómo están ahora!...—Ahí viene la procesión!—esclamaría usted mirando una larga hilera de carruajes. —No, abuelita. En esos coches van unas señoras que usted no conocerá probablemente y que están esperando, como los santos padres en el limbo, á un hombre que les de algunas monedas. No ve usted cómo sacan las caras por la portezuela? Dicen: «Aquí vamos»; y allí van en efecto. Muchos ociosos apoyan los aparadores de cantinas y terceras; muchos borrachos se embriagan á la vista de todos, para que nadie los crea hipócritas... Abuelita, abuelita, ya no hay Corpus!

Todavía recuerdo aquella fiesta religiosa á que asistimos en el pueblo. Usted se había puesto su mantilla negra, que era el gran lujo de las solemnidades en que repican mucho las campanas. Yo me corté las uñas. Desde el alba abandoné mi catre, mi colchón y el sueño, para sufrir de grado esos tormentos á que usted con dolor me condenaba. Y cuán presentes tengo aún esos suplicios! El agua fría de aquella enorme palangana en que cabía holgadamente medio cuerpo; el almidón de la camisa limpia; el peine de carey para quitar la caspa, que me quitaba á mí las ganas de peinarme; los botines nuevos, y sobre todo, aquella esponja dura que me dejaba el cutis relumbroso y colorado, como la bola mingo del billar!

En ese inolvidable día de Corpus, estrené aquel reloj con tapa de oro que me dió usted por ser día de mi santo. Yo no sé qué se oía más: el *tic tac* del reloj ó los latidos de mi corazón. Esa emoción incomparable sólo se siente dos ocasiones en la vida: el día en que oímos el aleteo de la impaciente mosca que se oculta tras la cerrada tapa del reloj, y la noche en que, aprovechando algún descuido, un poquito de sombra y mucho amor, besamos en la boca á la primera novia. Ay abuelita! Yo he sentido ya esas dos enormes sensaciones. No volveré á gozar esas delicias, hasta que escuche el rezo de las letanías en torno de mi lecho

funerario. Ese es el último ruido que emociona.

Aquel reloj me acompañó en la procesión del Corpus. Grandes enramadas cubrían las calles del villorio y por debajo de ellas íbamos marchando, vela en mano. Me acuerdo que, inclinando un poco el cirio, dibujé con la cera derretida que goteaba, una vía láctea en los faldones del señor alcalde. Las casullas resplandecían heridas por el sol, como ascuas de oro. El incienso se enroscaba en el aire y los cohetes subían por el espacio azul. En todas las ventanas había cortinas y colgajos. Algunas se engalanaban con sobrecamas de viejo damasco rameado ó con la gran carpeta de una mesa redonda. Todos los santos esculpidos ó pintados salían á los balcones para ver la procesión. Hasta los animales de la casa, el gato marrullero, el perrito lanudo, los canarios y los loros tomaban parte en la solemnidad, para que la bendición de Dios les alcanzara. Unas mujeres caminaban en la procesión con el perro en brazos y la jaula colgada de la mano. Otros se contentaban con sacar los animales á las puertas de la casa y levantarlos por lo alto cuando pasaban las imágenes milagrosas. De cuando en cuando maullaban los gatos, prorrumpían los perros en agudos ladridos y los gallos cacareaban.

Los niños iban siempre por delante: atrás, iban las andas con los santos. Recuerdo aún que por no dar la espalda á la Custodia, caminaban las imágenes para atrás.

Cerrando la procesión, bajo el palio azul bordado de oro y sostenido por varillas gruesas de latón dorado, iba el cura con gran capa pluvial, apoyando contra su pecho la Custodia en cuyo centro se veía la hostia blanca. Un rumor de oraciones rodeaba el palio, que pasaba por sobre la muchedumbre arrodillada. Se oía el son argentino de las cadenas de los incensarios, que describiendo medio círculo en el aire, relampagueaban, dejando como estela blanca un largo rastro de humo perfumado. La procesión duró más de una hora. Yo saqué ochenta veces el reloj.

Por la tarde asistimos á la iglesia, que olía mu-

cho á incienso y á rosas de Castilla. Los niños cantaban en el coro los ofrecimientos del Rosario. Yo me dormí en la banca. El ruido monótono de las *Ave Marías* rezadas en común, me arrullaba. Poco á poco la tarde fué cayendo y el aire fresco del crepúsculo me despertó. Todos los cirios ardían ya: me arrodillé. Las ruedas de campanas que había en el altar mayor, giraron, aturdiendo con su cascada de repiques. El señor cura, vuelto al pueblo, le bendecía con la custodia. En ese instante muchos pájaros cantaron. Por aquel entonces, creía yo que era este un hossana de las aves al Creador. Más tarde supe, que los sacristanes tenían las jaulas ya dispuestas, y á la hora precisa, las sacaban por las ventanas de la cúpula.

Las claridades mortecinas del crepúsculo, quebraban sus cristales fríos en las ventanas cuando salíamos de la iglesia: había caído ya la noche. El órgano cantaba aún, llenando con su voz la angosta nave. Entre el cancel y la puerta había mucha sombra. Allí los novios al pasar se apretaban la mano!...

El cielo está muy azul

El cielo está implacablemente azul. Cuando sale uno del baño matinal, azotado por el chorro de agua fría que, á manera de látigo, nos azuza para que corramos, el calor aún tibio de la atmósfera, parece voluptuoso; la tersa limpidez de las capas superiores cautiva la mirada, y ese sol refulgente que parece salir de caza levantando nubes de polvo en su camino, semeja gallardo, altivo, triunfador. Ni una nube en las crestas de las montañas; los blancos rebaños que Eolo cuida, no aparecen. Ni franjas color de rosa ni cintas color de ámbar en el horizonte. Todo azul.

Sin embargo, fijándonos un poco echamos de ver que ese azul está un tantico sucio. No se ha lavado todavía con agua fresca y para disimular el desaseo se ha puesto polvo de arroz en la cara. Es un azul deslavazado, que no ha dormido bien y

conserva la fiebre del insomnio. Otras veces lo vemos profundo, intenso, enérgico. Ahora no: está desleído.

Como las almas, el cielo necesita la lucha para resplandecer. Si triunfa de las cerradas nublazones, de los negros nimbus, esplende. La calma prolongada le deja soñoliento, pálido. Alzo hoy los ojos para verle y se me figura que es un desierto. Ninguna caravana de árabes, envueltos en sus blancos alquiceles, cruza por esa extensión; no se presenta ningún camello amarillo y giboso en el horizonte; no se columbra al mercader que de Damasco viene con su mula cargada de telas color de escarlata, ni se presume que puede haber, en donde los montes lindan con el cielo, un oasis, una cisterna, un sitio húmedo y sombroso; no hay una sola nube en el espacio.

A medida que el día avanza, aumenta el calor. Cae sueño sobre la naturaleza. Las acacias que al soplo de la brisa ríen moviendo sus calados abanicos, están ahora inmóviles. El árbol no sacude sus hojas, y parece pintado con lápiz verde sobre fondo azul pálido. Tiene la vegetación ese color brillante, mas sin vida, de los tibores japoneses. El agua anda despacio y sin tararear ninguna de sus canciones favoritas. La tierra está echada.

En otras ocasiones tal parece que la tierra se mueve y hace fiestas. Ora bebe agua, ora deja que el aire haga danzar la arena; ya hace cosquillas á las espigas, que se retuercen riendo; ya dice no sé qué palabras á las rosas, y las ruboriza. Pero bajo esta atmósfera pesada, ni el menor movimiento se percibe en ella. Camina el buey con mayor lentitud, no ladra el can; las ovejas salen á pastar con el cansancio y el desgano del oficinista que vuelve al interrumpido trabajo por la tarde; los pastores se tienden sobre la yerba con la cara hacia el suelo, y ni el gallo animoso cacarea. Es la siesta; pero la siesta sin esperanza. Ni una sola nube!

No es piadoso este cielo. Es como esos espíritus monótona y egoistamente buenos, que viviendo vida contemplativa, no ejercitan la caridad. Prefiero el cielo apasionado, el iracundo, el que, como

Don Juan, anda á estocadas con alguaciles y cuadrilleros de la Santa Hermandad, el que se emboza y desenvaina el rayo; ese cielo que tonante blasfema y que fecunda la naturaleza. Bueno es que la inmensidad azul tenga sus días de campo, sus días en que vista de muselina vaporosa, y sus noches de fiesta, en las que luzca sus alhajas. Pero ha de pasar también, para que sea completamente hermosa, por crisis de amor y celos; han de relampaguear, sus ojos por la pasión encendidos... para eso, más feliz que diosa y mujeres, tiene pupilas color de cielo ó profundamente negras, á su antojo.

La tierra quemada y reseca tiene sed. El río corre furtivo y vergonzante, por lo hondo, para que no le vea ella y tenga que decirle: nada tengo. Y cuando miro la sedienta mazorca, delgaducha, amarilla, que se empina á modo de chicuela que no alcanza con sus manos el brocal del pozo, pienso en las criaturas indigentes que no tendrán acaso alimento mañana. Entonces ese cielo azul me parece de acero, frío, cruel.

La sequía destruye nuestras sementeras. El sol las asaeta. La tierra no tiene ya jugo que dar, y ha de sufrir lo que la madre cuando ve enjutos sus senos y mira hambriento al hijo. Parece desmayada la naturaleza. Hay agua para nosotros, agua para nuestro vino, agua para nuestro baño sibarítico, agua para la magnolia que se ostenta en jarrón de porcelana, pero no hay agua para el pan del pobre.

El especulador se regocija y acapara cereales. Para ese el hambre es una Celestina. Esa le lleva á las vírgenes, le corrompe á las esposas, le vende á vil precio los humildes muebles del obrero. Para ese la sequía es fecunda y pródiga. Come el hambre ajena.

Son hermosos los trigales cuando la lluvia los alienta á tiempo! Los segadores emprenden, cantando, su tarea, porque el buen trigo no se queja de que lo corten con la hoz: no le duele, y quiere convertirse en blanca harina. El trigo es apacible-manso, rubio. En sus campos se aman castamente Ruth y Booz. Es el oro en la edad de la inocencia.

Es el oro que tiene blanca el alma. Tanto lo amó Jesús, que quiso perpetuamente unirse á él. La hostia es suya.

Rebosa el granero; viene chirriando la carreta, abrumada por el peso de los haces; rodea la era un nimbo místico; la hoz brilla como la mirada de una joven que acaba de hacer alguna buena obra... qué alegría en los campos! qué olor de cuerpo sano despide la naturaleza! El grave, noble buey, está contento de sí mismo.

Más tarde la blanca, leve harina, saldrá como purificada del molino para ir al horno, en donde, por amor al hombre, se convierte en alimento. Fué rubia, fué blanca; luego es buena. Salva al niño enfermito; sirve de apoyo al achacoso anciano. Es la contestación que manda Dios á los que piden el pan de cada día.

Pero ahora, pensando en la sequía que aniquila el maíz, como por reflejo, esos trigales, esas ondulantes sábanas de oro, trasformándose en mi imaginación, se me presentan en distinta forma. Veo el *petate* agujereado en donde duerme el indigente; veo la luz amarilla de la vela de sebo pegada á la tarima; y la trasparente amarillez del niño hambriento, y hasta las flores tristes color de ocre, que los pobres les llevan á sus muertos.

Esas noticias pidiendo agua que nos trasmite el telégrafo; esas cifras que secas aparecen en las cotizaciones de la bolsa, señalan un hecho desconsolador: la sed está haciendo hambre. El maíz se pierde; la tortilla, ese único viático que recibe el indio para su caminata por la tierra, encarecerá dentro de poco; el frijol sube precio, y la cazuela del peón ya no va llena al campo de labranza... la caridad abre sus ojos asustados y se prepara á tender la mano suplicante.

Vuelvo la vista al cielo y está azul, muy azul, sin una nube. Todas las nubes se agruparon en los oscuros horizontes de la vida.

Flores y entierros

La Primavera sonríe, y como las hermosas coquetuelas, mata. Contrasta el azul del cielo, la limpidez de la atmósfera, la greguería de las aves, el olor de las flores recién abiertas, con el color tétrico y el aspecto tristísimo de esos ataúdes que en las primeras horas de la mañana y á la hora voluptuosa de la siesta atraviesan la ciudad. Por qué matas, Primavera? También tú usas, en la liga, reluciente navaja, como las de esas andaluzas de mantilla blanca, negro cabello y clavel en el cabello, que danzan y que beben manzanilla en el barrio de Triana?

Los ataúdes negros suelen encontrarse con las parvadas de golondrinas blancas que van á ofrecer flores á la Virgen. Parece que esas niñas llevan las alas plegadas, como los cisnes. Van riendo, van jugando, entran al templo como si entraran á su casa... y en verdad el templo es casa de ellas. Todas las palpitations de la vida que empieza, de la vida que retoza, de la vida que canta, se oyen, se ven en esas niñas que semejan lirios y que agrupadas forman como guirnaldas de gardenias. El cirio está hecho como para sus manos, la hostia como para su boca, la dicha como para ellas.

Pero qué tristeza ver como se encuentran esas golondrinas blancas con los ataúdes negros! Pues que, también se morirán esos querubines? También caerá la tapá negra sobre esas blancuras?

Detenido cerca del templo á donde acaban de entrar las pequeñas canéforas, miro pasar algunos cortejos fúnebres. El primero es suntuoso: queda mucho dinero en la tierra y se hunde mucha vanidad en el sepulcro. Hasta los caballos del carruaje empenachado fingen que van tristes. Parecen dolientes, altos, corpulentos, gravadosos que abren la marcha con solemne paso. El séquito de vagones es muy largo. Cuántos amigos tienen los ricos cuando los entierran! Todos dispútanse el honor de acompañar el cadáver hasta el cementerio, porque la asistencia á funerales como esos, es una

patente de buen tono, una manera de exhibirse como miembro, de número ó *snob*, de la alta sociedad, un pretexto para encontrarse con tal ó cual banquero y arreglar algún negocio. Estos entierros siempre van despacio, majestuosamente.

En cambio, qué á prisa van los de los pobres! Podría creerse que hasta después de muertos esos infelices corren y corren tras del peso diario. Van á escape, como criados solícitos á quienes manda el amo á alguna parte. Las mulas del carro fúnebre quieren llegar pronto. El cochero va alegre, azotándolas á cada instante con el látigo, como el gomoso azota los caballos de su *buggy*. Ya la ciudad está ansiosa de que salga á prisa fuera de garitas esa basura humana. No despide esos cadáveres; los dispara. Los vecinos temen contagiarse, porque las enfermedades de que mueren los pobres siempre son contagiosas. Y por eso el carro va á todo correr y cruza lo más temprano posible por las calles, cuando están menos frecuentadas, cuando todavía no se levantan las personas decentes, para que los transeuntes no renieguen del difunto.

También el muerto, si aun pudiera tener voluntad, querría ir á prisa. Pronto fuera de la vida, pronto lejos del casero, pronto tapie la tierra esos ojos para que no lloren y vean lástimas!

Atrás va un vagón verde. En él—circunstancia que no observaréis nunca en los vagones de entierros elegantes—van mujeres. Qué mal corazón tienen las mujeres de los muy pobres! Acompañan á sus esposos y á sus hijos hasta que los echan en la fosa!

A los verdaderos dolientes á los que lloran de veras, se juntan otras personas de la vecindad, por buen corazón algunas y otras porque no conocen el Panteón de Dolores, porque desean ver desde su plataforma los volcanes y el castillo de Chapultepec. De manera que esos vagones verdes siempre van atestados. Y como para esos coches no hay cortinas blancas ni persianas, porque el duelo de los pobres es enteramente descarado, podemos ver á todos los que tristes ó curiosos van siguiendo al difunto y azuzándolo para que salga á prisa de la

ciudad, antes de que lo atrape algún gendarme. Los pobres, aunque sean honrados, siempre tienen miedo, y con justicia, á los gendarmes.

Es un pasatiempo melancólico para las fantasías enfermas y las curiosidades pálidas, el de fingirse la figura, la vida, la familia, la casa del desconocido á quien llevan á enterrar. Se equivoca uno las más veces; pero como no lo sabe, como solo por rara coincidencia puede uno descubrir su error, queda el placer de imaginar que se ha adivinado. Cada soñador—se requiere ser soñador y un mucho vagabundo para disfrutar de esos placeres— da nombre, cuerpo y alma distintos, según el temperamento que tenga, á los muertos desconocidos que ve pasar encajonados.

Pasa un carro fúnebre cubierto de rosas blancas. El cajón es largo. En él caben veinte años. El soñador romántico ve, en esas rosas, estériles madres que no pudieron dar á luz á sus risueños hijos, los pequeñitos azahares. En el ataúd va durmiendo la hermosa novia que soñaba en vida. Qué blanca y pálida ha de estar entre azules cojines! Iba á casarse; era blonda; fué á un baile, abotonó mal su capota al salir del salón cuando iba á amanecer; lloviznaba... y «unas gotas de lluvia sobre otras gotas de sudor, eso es la muerte!»

El soñador pesimista mira pasar el propio carro y casi se alegra. Murió joven, antes de ser más desgraciada de lo que ya era. No dió la vida á seres infelices. Fué inútil, fué infecunda para el eterno dolor. Una criatura menos, la desaparición de una molécula de amargura humana. Habría emponzoñado la vida de uno ó muchos hombres; habría engendrado por egoísmo, por placer, seres desventurados. Hizo un menor mal, porque no vivió más. La humanidad está de plácemes.

Y tal vez ambos curiosos se equivocan. Acaso era la muerta una vieja solterona á quien la vanidad cubrió de rosas blancas.

Ataúdes tristísimos son los pequeños, esos que parecen juguetes, esos que son blancos, esos que parecen hechos para encerrar un corazón. En ellos van las que no pudieron ofrecer flores, porque las

suyas no rompían sus botones aún, y van á dormir bajo las rosas que no llegaron á sus manecitas. Qué angustia, qué congoja da pensar que esas criaturas débiles, medrosas, van á lo negro, á lo hondo de la tierra! Y se van á millares, como bandadas de pájaros; pero no se van como éstos, para arriba, por el aire, para la luz; sino que se filtran como interminable chorro de agua clara en la arena oscura y sedienta siempre. Por qué, Señor, no truecas esos cuerpecitos en aromas que se evaporen?

Por qué no arden y se consumen y estinguen como los cirios? Acaso entierran á las violetas? Quién sabe á dónde se las lleva el viento; pero no les echan nunca encima paletadas de tierra. Las mariposas no mueren: se borran. Yo no he visto jamás la tumba de una alondra.

Deja la tumba para el hueso amarillo del anciano. Deja el lecho recóndito para el viajante que ha merecido descansar. Pero haz con los niños lo que haces con las mariposas, con las aves, con las flores, con todo eso que no va al sepulcro, que no aplastan con una lápida. Las palomas no tienen camposantos. Y mira á esas niñitas que ahora salen de la iglesia... no parecen palomas? Un columbario para ellas, algo que las convierta en un haz de plumas albas que pueda erguirse y conservarse en tiesto de alabastro.

*

Primavera, dicen que necesitas ponerte tu capote de hule y abrir tu paraguas, para no matar. Cuentan que tus primeras flores y tus primeros frutos envenenan. Las lluvias son las que te ablandan así, como el llanto hace piadoso al hombre. Igual á nosotros, necesitas sufrir para ser buena.

Sufre, pues, Primavera, y da tus primeras flores, no á los cementerios, sino á las manos de las niñas blancas para que se las lleven á la Virgen.

Los niños tristes

No hay un cansancio que tanto me conduela como el prematuro cansancio de la vida. Esos jóvenes pálidos, que andan trabajosamente, arrastrándose á sí mismos, y de los que muchos podrían decir lo que Musset dijo de su enlutado é inseparable compañero, en la «Noche de Octubre»: «se parecía á mí como un hermano». Esos, en cuyos ojos parece ya soñolienta la mirada; esos sonámbulos despiertos; esos monólogos transeuntes, avivan la curiosidad del psicólogo, ensombrecen la tristeza del poeta. Qué llora en esas almas? Qué callan esos taciturnos? Qué buenos sentimientos muertos, como cirios recién apagados en un templo, despiden ese humo que les envuelve en una atmósfera opaca y que casi siempre huele mal?

Quisiera uno penetrar en esos espíritus, como se penetra en una gruta, ó sacudirlos para ver qué chispas, qué ayes, qué blasfemias salían de ellos.

Pero hay algo que causa dolor más hondo: el niño triste. El joven melancólico se cansó, pero ya anduvo. Por dura que la suerte haya sido para él, es seguro que en esa misma lucha han tenido empleo sus actividades y que ha logrado breves triunfos. Ese, conoció la esperanza. Ese, conquistó una efímera sonrisa, sonrisa de la vida, por desdeñosa que ésta con él fuera. Ese, amó acaso y creyó ser amado. Ese, ya supo que la madre le quería, que el amigo le amparaba. Tuvo la conciencia de su fuerza. Probablemente cometió alguna mala acción.

Pero el niño...! Pues qué, la risa no nace de sus labios, no se hizo para ellos? Pues qué, no son sus voces las que han de repicar, á modo de argentinas campanitas?

Ellos no comprenden todavía el amor de los padres. Lo sienten como el calor de un nido nada más. Y muchos ni ese calorcito sienten, porque—esta monstruosidad existe—hay padres

malos. Están como más desnudos de todo. Para luchar con las enfermedades apenas tienen fuerzas. Para vivir son impotentes, si no se les auxilia. Ningún daño han hecho, y ya han llorado.

El llanto del chiquitín dichoso es á manera de un aprendizaje dispuesto por la naturaleza para que se enseñen á desahogar el sufrimiento. Mas el llanto que no puede salir, ese que no tiene fuerzas; ese que se ve empalideciendo y apagando los ojos del niño pobre, enfermo, triste, es el que enternece más intensamente.

Cuando tiene uno hijos y puede darles lo que necesitan, lo superfluo, teñirles de color de rosa la existencia, el encuentro con una de esas criaturas desvalidas nos desgarran el alma. Gastamos, derrochamos, y al salir de una juguetería, al entrar al circo, no vemos esos ojos suplicantes de los niños tristes.

Para ellos sí son verdaderas fiestas estas de la patria. Ven el desfile de las tropas, agita la circulación de su sangre el estruendo de las músicas militares, deslumbra y hechiza sus miradas el esplendor de los cohetes, y no olvidan porque nada tienen que olvidar, no esperan porque la esperanza es desconocida para ellos; pero viven, vibran un instante. Acaban los fuegos artificiales, cesa el redoble de los tambores, y esos niños tristes vuelven á la sombra con el único amigo que Dios les ha deparado, con el sueño.

Verdad que hay miradas que piden limosna? Yo percibí una de esas en la noche del dieciseis de setiembre, cuando llovían estrellas de púrpura y ondulantes víboras de oro culebreaban en el cielo. Era de una mujer, casi de un cadáver, que iba cargando á una criaturita como de seis meses. El cadáver de su marido se había quedado á oscuras en la casa. No; no mentía! Era de carne aquel dolor. La niña apenas era de carne. Ya, tras largo contacto con los dolores humanos, se aprende por desdicha á conocerlos. Esa era madre. Iba, con su pedacito de

vida entre los brazos, á buscar en las calles próximas á la plaza, en los sitios por donde pasa la alegría, una limosna para enterrar al muerto, y para la huérfana cuya única dicha consistía en no saber su orfandad y en estar próxima á la muerte. Dí una peseta á esa infeliz y me pasé de largo.

Pero, andando, andando, fuéronse como abriendo mis ideas, y sentí remordimiento. Cómo acababa de gastar en fruslerías y en vanidades, dejaba á mi hija muy ufana, muy satisfecha de vivir, y le daba yo á esa mujer nada más veinticinco centavos? Desandé lo andado, quise encontrar á la huérfana y á la madre, darles lo que llevara en el bolsillo, hacer la felicidad una vez en mi vida, puesto que la felicidad algunas ocasiones se hace con diez, con cinco pesos; pero ya mi limosnera, mi acreedora, había desaparecido. Ese dolor se perdió en la muchedumbre de los dolores humanos; esa indignancia, en el mar de la miseria; y mi egoísmo quedó embebido en la reseca piedra que no tocan las alas blancas de la caridad. Fuí malo, sí, fuí criminal.

En mis pesquisas, al torcer una esquina, salíome al paso una chiquilla de once á doce años, vivaracha, rubia, de ojos grandes. Parecía hija de francés. Su mirada no pedía limosna, pero ella sí me la pidió. Se la negué... me fué siguiendo, y... me repugna escribir lo que me propuso... no lo escribo!

Esa es más huérfana que la otra, y más infortunada porque tiene más vida. Santo cielo! Hay algo todavía más triste que ver á una niña huérfana y á una madre hambrienta!

Las botitas de Año Nuevo

Lámpara que me has acompañado durante largos años en las noches de tedio, y en las noches de trabajo; lámpara anciana de cofia blanca y gafas verdes; enfermera callada y dili-

gente; tú, la que no haces ni el menor ruido; veladora, oye el tic-tac monótono, incesante, de aquel cucú colgado en la pared; pronto va á abrirse la puertecilla de nogal, para dar paso al abierto pico, á los ojos rojizos y á la cresta del gallo que á medio día y á media noche da el alerta á las horas vigilantes. Lámpara, no consientas que te apaguen las vírgenes locas, porque HELE AHÍ QUE ESTÁ Á LA PUERTA Y LLAMA.

Es el mismo; pero se llama de otro modo. Los años se parecen á los enfermos de los hospitales y á los presidiarios, en que sólo el número que llevan los singulariza. No tienen nombre, y desdichado el que lo tiene! A ese, de seguro, la desgracia se lo dió. Porque habreis oído decir el «año de la peste», el «año de la guerra», el «año del hambre»; pero nunca el año de la dicha, el año del amor, el año de la gloria! Sólo el dolor suele llamar á los años: hijos míos!

Cuántas noches de San Silvestre, oh buena lámpara! hemos pasado en esta muda espera! Ni tú ni yo creemos en los años nuevos: el tiempo no interrumpe su marcha ni un segundo... continúa indivisible, como infinita línea recta que no sabemos de dónde arranca ni si termina en algún punto; pero, á pesar de ello, supersticioso sentimiento se apodera de nosotros en la última noche de diciembre, como si ésta fuese en realidad la última noche de una vida. Ay! Lo sólo cierto es, que en cada una de esas noches nos encontramos más y más cercanos á la última noche sin orillas!

A tí, lámpara, nunca te he visto palidecer sino cuando clarea el día; tu luz, como el cariño de los buenos padres, siempre es la misma: te enturbió mi aliento; te dejó espirante mi descuido, como á los buenos padres les empaña la vida y les enferma el desamor ó el suspiro de los hijos; pero, jamás diste señales de cansancio, y ni esperaste ni temiste.

Mi hermana de la Caridad, Sor Marcelina, la

hermana á quien Alfredo de Musset dijo espirante: «Dormir... por fin voy á dormir!» Vela-dora de cofia blanca, viejecita: tú la que no me viste ni una sola vez en los festines, y siempre, siempre en todas las tristezas: tú, la que me acompañas en todo lo oscuro de la vida, en el estudio, en el trabajo, en las enfermedades, en las penas, y te quedas sola y apagada cuando voy al amor, á los placeres, al ruido: tú, la que haces brillar en el papel los enlutados siglos de mi pensamiento, y sabes que, á menudo, son lágrimas las gotas que crédula benevolencia llama, á veces, diamantes: tú, á cuya luz ha nacido, lo único mío que acaso vivirá: lámpara buena, qué nos trae el nuevo año?

Por devoción á religiosa y poética leyenda, los niños que tienen padres, y padres cariñosos, dejan esta noche sus zapatitos en la mesa que está junto á la cama, y dentro de esos zapatitos hallan, al siguiente día, la golosina y el juguete prometidos. Voy á escribir, oh lámpara! para que tú la leas antes que nadie, la historia de los breves zapatitos. Cendrillón, que se parece mucho á tí, me la contó.

*

PAPÁ-ENERO—el de la barba florida, como la del emperador Carlomagno—viene al mundo en cuanto San Silvestre se cala su capucha y hace la noche sobre la tierra. Buen cómico—el diablo sabe más por viejo que por diablo—no entra jamás en escena antes de tiempo; aguarda á que el reloj-apuntador dé las doce llamadas, é ínterin suenan estas, conversa con el anciano San Silvestre, quien, á fuerza de haberse muerto tantas veces, ya muere tan sencilla y mansamente, como quien dice BUENAS NOCHES! y se duerme.

—PAPÁ-ENERO—dice el Santo—por qué buscas, mimas y prefieres los zapatitos de los niños?

—Santo padre, no soy yo el que los busca;

ellos tienen la boca siempre abierta y piden... piden! Tanto los he tratado, tanto conozco sus secretos, que los amo. Cada zapato tiene su secreto. Unos son felices, huelen á taloncitos color de rosa, á medias de seda. Otros, han sufrido mucho.

En mi armario de ébano chapeado guardo muchos. Cada uno está para mí, lleno de recuerdos. Hay uno color de rosa que parece de carne. Está hecho para pisar flores, para que las alfombras lo acaricien, para que las manos de una camarera guapa lo desabotonen. Y si supieras que, á pesar de su lujo, tiene en el alma un gran vacío! Era de una mujer rica y muy bella. Por mirarlo habrían dado, los galanes de la época, años felices de sus mocedades. Por obtenerlo, prometió uno dar la vida. Y ese lo consiguió, porque era apuesto, joven y valiente. La hermosa enamorada, al fin rendida, dejó al salir del baile, en la diestra del doncel un guante perfumado. Y en el guante esta esquela:

Vendrás?... Inquieta en el jardín espero.
Quiero ser tuya con el alma toda...!
El lucero del alba es el lucero
Que alumbrará temblando nuestra boda!

Las rosas del jardín saben el secreto y cuchichean. En el bosquecillo de naranjos suspiran los olvidados azahares...

Al apuntar el día, la amada huyó del amado. Tal corría, que dejó en la arena del jardín, por no detenerse, la ruborizada zapatilla color de rosa... la zapatilla que durante dos minutos nada más oprimió el pie breve de la ninfa!

Desde entonces está vacía... esperando siempre. El amante se la llevó como reliquia; pero de él huyó el amor, como antes había huido la gentil enamorada. Yo, que entiendo el idioma en que se espresa el escaipín de raso, sé que dice:

—Soy el que tú besaste con ternura. Soy el que espera en vano que lo llenes tú con un re-

cuerto. Sé que mi dueña te esperó muchas noches, muchos meses, muchos años, y que ahora está tendida sobre el desnudo mármol de la tumba, como yo sobre el mármol de la chimenea. Ni ella ni yo tendremos año nuevo! Para tí anudaba mi señora sus cabellos rubios, mirándose en el espejo de Venecia. No podía venir á tí, porque su planta descalza, punzada por los cardos del camino, habría manchado de sangre tus alfombras. Te esperó. Le habías prometido darle la vida y le diste unas horas. Con ansia aguardó que tú me ataras á su pie. Y ha muerto, y no se atreve la infeliz á entrar en el cielo, porque se avergüenza de tener el pie desnudo...

*

Este otro botincito—prosiguió PAPÁ-ENERO—este roto, de suela claveteada, es el de un niño que nunca tuvo juguetes porque su padre era muy rico y la madre era muy pobre. Anduvo mucho, lo agujerearon las piedras, lo cubrió el lodo, por todas partes le entraba el agua. El niño que lo llevaba era mendigo, pedía limosna para su mamá, y una vez pidió por amor de Dios á un desconocido que era su padre, y éste nada le dió porque era Noche Buena, soplaba aire muy frío, y no quiso desabotonarse su gabán... Una última noche de diciembre, el cielo echó más frío que nunca dentro de ese zapatito. Y esa vez fué la única en que el pobrecito pordiosero tuvo su regalo de año nuevo: aquella noche se murió.

*

Mira ahora, padre santo, todos los botincitos que me esperan. Cómo no he de quererlos, si son tan pequeñuelos y graciosos? Hay entre ellos muchos que son pobres. Por ejemplo, la punta de aquel parece boca de negrito limpia-botas: por la rajadura que tiene ha de asomar-

se la carne de los dedos regordetes, como una encía muy colorada. Ese otro está cansado de tanto ir á la escuela, y sus resortes flojos dicen: ya no vamos! El de más allá—glotonsísimo!—se ha comido los tacones. Pero todos esperan algo, pues aunque pobres, son dichosos, porque nadie es enteramente pobre ni enteramente desgraciado mientras tiene padres.

Los zapatitos de los niños ricos, esos tan cucos y tan monos, nada me preocupan, no les hago falta. A esos les caen juguetes todo el año! Los que costaron mucho al pobre papá, por más que sean de los más baratos; los que se acaban muy pronto porque solo duran medio año; los que conocen á los remendones, esos son los que miro con cariño, los que llenaría de diamantes esta noche para que los padres compraran muchas canicas á sus hijos.

Sin embargo, también los otros, los de los ricos, me hunden en serias reflexiones. A dónde irán esos pequeños pies que ahora están muy abrigados en las colchas? De qué serán los zapatos que usen mañana?

—Atiza el fuego de tu chimenea, mi viejo amigo San Silvestre: me da frío pensar en los niños descalzos!

—No sabes cómo quiero á los muchachos! Y cómo río al oír lo que me dicen. Sabes lo que me pidió ese chicuelo que apenas sabe hablar? Me pidió una hermanita! Cada año me hacen más encargos. Y cada año estoy más viejo!

*

Lámpara: ya asoma la eriza cresta del gallo en el cucú. Alumbra á mi fantasía para que deje sobre el mármol su zapatito de cristal. Es el de Cenicienta la trabajadora, humilde y pobre. Toma tú tu año nuevo; toma otro poco de mi vida. No me das toda la tuya? Aun brillas; aun oigo alegres risas en mi hogar; aun canta algo en lo íntimo de mi alma. No es hora de dormir. Velemos todavía.

Los muertos

En Noviembre—dice Emilio Zolá—deben visitarse los cementerios. Es el mes de las tristezas. Sin embargo, qué poética tristeza la que causa en el alma un cementerio! Los rosales estienden sus largas flores de blancura láctea y rojo oscuro. Sus raíces se afianzan en las paredes de los ataúdes, y toman allí, para darla á las flores, la palidez de los pechos virginales, la roja sangre de los pechos heridos. Una rosa blanca es la eflorescencia de una virgen muerta á los quince años. Una rosa encarnada es la última gota de la sangre de un soldado muerto en la pelea.

Oh flores de los cementerios! flores vivas! vosotras guardais algo de los seres muertos!

En los pueblos, los ciruelos y los duraznos crecen donairosamente por detrás de la parroquia, como formando la guardia de honor del camposanto. El ama del cura, con su cesta en la mano, va á recoger ciruelas y duraznos para la comida. El viejo sacerdote llama á aquellas frutas el «traje de terciopelo del buen Dios».

Yo conozco uno de esos cementerios de aldea, cercados de altos árboles frutales. El cura se desayuna sentado en la piedra de un sepulcro y arrojando migas de pan á las inquietas avecillas. Una pequeña orgía sobre los huesos de los muertos! El cementerio está de fiesta. La yerba crece enhiesta y dura; las fresas, encarnadas como los labios de mi novia, estienden en aquel rincón su mantel rojo; el viento que viene desde la llanura huele á trigo y á maíz recién cortados. Á medio día, zumban las abejas, como prendidas en un rayo de sol; los gusanos trepadores se encaraman por la corteza de los árboles; las hormigas salen correteando de sus agujeros para beber luz y calor á campo raso. Los muertos deben tener calor. Aquello entonces, no es un cementerio; es una porción de la vida universal, en donde las almas de los muertos transmigran á los verdosos troncos de los árboles; es el prolongado beso de lo que fué ayer y lo que será

mañana. Las flores son la sonrisa de los niños. Los frutos son los pensamientos de los hombres.

A nadie estaba prohibida la entrada al camposanto. Los duraznos pertenecían al señor cura; pero las flores eran de todos. Los niños iban allí todas las mañanas á formar ramilletes. Á veces, á hurtadillas del sacristán, solían subir por el tronco del durazno y llenar las bolsas con sus frutas.

En otras ocasiones, la yerba crecía tanto que ocultaba las groseras cruces de madera negra. Entonces el asno en que el señor cura cabalgaba, cuando iba á decir misa en los pueblos comarcanos, era el que entraba á pastar en el silencioso cementerio. Los feligreses acusaban al asno de que mordía el alma de los muertos.

Marta, la nieta del alcalde, había plantado un rosal sobre la tumba de su novio. Marta iba al camposanto todos los sábados al anochecer y cortaba una rosa del rosal, para prenderla en su corpiño. Durante todo el domingo, Marta aspiraba el perfume de su amor perdido. Cuando bajaba los ojos para verse el pecho, se imaginaba mirar el alma de su prometido que le sonreía.

*

Ah! yo paseo con delicia por el camposanto, cuando el cielo está azul y las flores se abren en la tierra! Entonces, desnuda la cabeza, recorro las calles olvidado de mis penas, como quien anda por una ciudad santa en donde todo es amor y perdón. Bajo la azul limpidez del horizonte, el cementerio estiende sus hileras de sepulcros blancos. Grandes masas de follaje dejan apenas ver las cruces de mármol de los mausoleos. La primavera es propicia para los desiertos campos en donde reposan nuestros bien amados. Parece como que estiende una alfombra de césped á los pies de las jóvenes viudas que van á visitar en su último hogar al esposo de su alma. La luz de Abril blanquea los mármoles. De lejos el cementerio parece un inmenso ramillete de verdura, sembrado á trechos

de enormes rosas blancas. Las tumbas son como las flores marmóreas de la yerba y del follaje.

*

Camino lentamente por las sombrías avenidas en medio de silencio profundísimo, respirando el acre y penetrante olor de los sembrados. Las ráfagas de aire que menean las hojas de los sauces y tocan mis mejillas, son el aliento perfumado de una mujer invisible. Todo un pueblo duerme silencioso á los pies del distraído transeunte. De los arbustos, de las aguas, de las hendeduras de las tumbas se escapa una respiración regular y acompañada, como la de un niño que, tendido indolentemente sobre el césped, duerme con quietud al medio día.

Largo tiempo pasé en muda contemplación. Abajo, hervía la ciudad. Allí sólo se oía el grito de un pájaro, el zumbido de algún insecto, el súbito chasquido de una rama. Después, el profundo silencio, esa noche de los sonidos. Entonces me parecía percibir más claramente el aliento pesado de las tumbas. Sólo algún vecino distraído, algún honrado hortera atravesaba en pantuflor y con las manos por detrás, las quietas avenidas.

*

Noviembre, Noviembre, mes de las hojas marchitas y de las ráfagas heladas, tú eres el mes de las tristezas, el mes de los muertos.



GLOSARIO ¹

Abrevar, beber.
Acervo, montón.
Acre (aroma), picante.
Adrede, al propio.
Alberca, depósito artificial de agua.

Alegorías, cuentos de doble sentido, con un propósito moral comúnmente.

Alquiceles, vestiduras de los moros, blancas, de lana.

Anfora, cántaro antiguo de dos asas (orejas).

Arabescos, adornos fantásticos, compuestos de hojas, flores, cintas, palmas, etc. que se enlazan.

Arandelas, tacillas de vidrio ó de metal que se colocan en las estremidades de los candeleros.

Asfodelos, las varitas de José.

Asimétrica (frente), desproporcionada.

Bartola (tendido á la), descuidadamente.

Bellaquerías, picardías.

Blandón, candela de cera.

Blondas, éncajes.

Braquiocéfala (cabeza), cuyo cráneo, visto desde arriba, es ovalado, pero más corto y redondo hacia atrás.

Breviario, libro que contiene los rezos eclesiásticos del año.

Buffet, en los bailes y saraos, la mesa en que se colocan los comestibles, el vino, licores, refrescos, etc.

Buggy, especie de carroza.

Cabrillear, olear con olas chicas y continuas.

Canéforas, así se llamaban las doncellas que en

las ceremonias religiosas de los antiguos, conducían canastillas con los objetos necesarios para los sacrificios.

Capripedo, con pies de cabra; el autor alude, en este caso, á los sátiros, semidioses silvestres, hombres por la cabeza con cuernos, y machos cabríos por el resto velludo, cola y patas, según los imaginaron los antiguos griegos.

Carlomagno, rey de Francia (724-814).

Carcaj, el *salbeque*, ó caja que llevan los soldados á la espalda.

Cauda, cola.

Celestina, alcahueta.

Cendrillon, la Cenicienta

Cierzo, viento frío del Norte.

Cinglo (vuelo de), tal vez sea *cinelo*: en este caso, sería un pájaro, el *mirlo acuático*, que busca su alimento en las aguas, sumergiéndose como los pelícanos. En el Norte de Méjico vive una especie: el *cinelo mejicano unicolor*.

Cisterna, depósito de agua.

Columbario, sepulcro mortuorio entre los romanos. Hoy, sitio endonde se colocan las urnas que contienen las cenizas de los cadáveres incinerados.

Coruscante (escudo), brillante.

Cretino, idiota.

Cruentísimo (suplicio), sangriento.

Cuitada, desventurada.

¹ Doy apenas el significado que, á mi entender, tienen las palabras tal como están empleadas en el texto del presente Epítome.

Chapultepec, un cerro, situado cinco kilómetros y medio al NO. de la ciudad de Méjico. Domina el valle y en él se encuentra el Castillo, residencia del Presidente y un Observatorio astronómico. Está unido con la ciudad por un magnífico paseo.

Damasco, desde antiguo, hermosa ciudad de la Siria, en la Turquía asiática.

Deslavazado (azul), no muy limpio, desteñido.

Ditirambos, alabanzas.

Donairoamente, graciosamente.

Donjuanesca (aventuras), amorosas, propias de un Don Juan Tenorio.

Economistas, personas que se ocupan en estudiar la producción y el empleo de las riquezas, y todo lo que se proponga el bienestar material de los pueblos.

Eolo, el viento.

Epigramático, festivo, satírico, burlón.

Esquemas, bocetos, primeros trazos de un cuadro.

Estultos, necios, tontos.

Estupenda (suma), admirable, asombrosa.

Exacerbar, irritar.

Exangües (labios), sin sangre.

Flamantes, resplandecientes.

Flemático, cachazudo.

Flora exótica, el conjunto de plantas de un país extranjero.

Garitas, casillas, torrecillas donde se alojan los centinelas.

Giroflé, un personaje de una opereta de costumbres italianas, titulada *Giroflé Giroflá*.

Gomoso, un muchacho de ridícula elegancia.

Goncourt, Edmond, escritor francés del siglo pasado.

Granuja (cerillero), pille-

te que vende cerillas ó fósforos.

Greguería (de las aves), gritería.

Guedejas, cabellera larga.

Hipótesis, suposición.

Hortera, dependiente de una casa comercial.

Hosanna, un himno de regocijo y alabanza.

Juno, esposa de Júpiter, el rey de los dioses entre los griegos antiguos.

Luis XI, rey de Francia; reinó de 1461 á 1483.

Manzanilla, un excelente vino español.

Margarita, una muchacha del pueblo, sencilla é ignorante, que se dejó seducir por un sabio mago alemán del siglo XVI, el doctor Fausto, y se hizo desgraciada. El poeta Goethe la ha inmortalizado en su célebre *Fausto*.

Mausoleos, sepulcros lujosos.

Mefistofélicamente (sonreía), burlonamente.

Merovingia (cabellera), larga, como la usaban los francos, tribu de la Germania (hoy Alemania), que en el siglo V invadió la Galia (hoy Francia). Los primeros reyes francos pertenecieron á la familia Merovingia, descendiente del fundador Meroveo.

Mientes (parar), considerar, meditar.

Misanropía, tendencia á odiar al prójimo.

Místico (nimbo), resplandor de santidad.

Modernismo (hispanoamericano) es una tendencia literaria nacida en la América española. Hay modernismo bueno: el que aspira á una juventud que esté en armonía con el ambiente, ideas pasiones é ideales modernos, y pugna por restablecer la comunicación directa entre

la sensibilidad y el mundo exterior. Hay modernismo malo: el que se pierde buscando palabras innecesarias para espresar sentimientos y pensamientos que no se poseen.

Murga, músicos ambulantes.

Musset (Alfredo de), uno de los grandes poetas franceses del siglo XIX.

Mutilaciones, cercenaduras, supresiones.

Ninon, una amiga de la infancia, real ó imaginaria, á quien Emilio Zola dedica una serie de sabrosos cuentos campesinos, titulada *Cuentos y Nuevos Cuentos á Ninon*.

Noctámbulo, que vigila de noche y duerme de día.

Ofelia, la doncella ideal, en la célebre tragedia *Hamlet*, del poeta inglés Shakespeare.

Osa, Pegaso, Casiopea, Escudo de Sobieski, Pavo real, la Cruz austral, Lebreles, Orión, Hércules, León, Centauro, Berenice, Triángulo, Girafa, Andrómeda, nombres de constelaciones ó regiones de estrellas en que convencionalmente el cielo se divide.

Otate (sillón de), junco flexible y fuerte.

Panegíricos, elogios.

Paolo y Francesca, célebres amantes. El poeta italiano Dante Alighieri (1265 á 1321) ha inmortalizado sus amores en uno de los más bellos pasajes (*Inferno*, Canto V) de la DIVINA COMEDIA.

Parvenus, aquellos que de pronto pasan de la pobreza humilde á la riqueza insolente, del sitio bajo y oscuro á la cima luminosa. Casi siempre se usa esta palabra en un sentido desdenoso.

Pinches, mozos.

Plasticidad (de estilo),

que puede tomar formas diversas.

Pluvial (capa), la que usan los obispos, arzobispos y otros prelados eclesiásticos en las procesiones y demás ceremonias del culto.

Psicólogo (el), describe y explica ese conjunto de fenómenos generalmente conocidos como manifestaciones del *alma* (psiquis).

Rapsodias, canciones.

Rehilete, volante, veleta.

Reminiscencias (paganas), remembranzas ó recuerdos de una edad (Grecia y Roma antiguas, especialmente) que no conoció ó no aceptó el cristianismo.

Renacimiento, así se llama una época (principios del siglo XVI) de la historia de Europa, en que se opera una renovación artística, literaria, pedagógica, política, etc.

Repujadas (facciones), labradas en relieve.

Repulgos, dobleces.

Sand, Jorge: ilustre novelista francesa (1804-1876).

Santa Hermandad, antiquísima institución española. Era un tribunal que perseguía y castigaba los delitos comunes, cometidos fuera de poblado.

Serrallos, palacios de los magnates turcos. Comunmente se hace referencia, con esta palabra, al departamento en que están alojadas las favoritas del poderoso.

Sibarítico (baño), muy placentero.

Sinuosas (facciones), con repliegues.

Snob, un tipo vulgar que afecta maneras corteses.

Tablada, José Juan, poeta mejicano.

Talares (hábitos), ropa larga que llega hasta los talones.

Tamiz, cedazo tupido.

Tibores (japoneses), vasos grandes de barro, en forma de tinaja.

Timba (salir ganancioso de la), del juego.

Tivoli, jardín público.

Trashumante (vida), errante.

Trasiegos, idas y venidas.

Tropos, formas figuradas del lenguaje.

Ulises, uno de los héroes principales de la guerra de Troya (entre griegos y troyanos, siglo XII antes de Jesucristo), famoso por sus aventuras, su prudencia y su ingenio.

Undívago (cabello), que ondea.

Urbina, Luis G., uno de los poetas mayores de Méjico.

Vericuetos, caminos en que se anda con dificultad.

Volterriana (garra), propia de Voltaire, el gran escritor satírico francés (1694 á 1778), que araña, desgarrara, sangra.


Voluptuosa (hora), placentera.

Zola Emilio, uno de los más grandes novelistas franceses y agitadores de ideas del siglo pasado.



CONTENIDO

	<i>Página</i>
EL DUQUE JOB	1
LA MAÑANA DE SAN JUAN	11
RIP-RIP	15
LA HIJA DEL AIRE	21
LOS AMORES DEL COMETA	25
LAS MONEDAS DE NÍQUEL	31
YA NO HAY CORPUS!	39
EL CIELO ESTÁ MUY AZUL	42
FLORES Y ENTIERROS	46
LOS NIÑOS TRISTES	50
LAS BOTITAS DE AÑO NUEVO	52
LOS MUERTOS	58
GLOSARIO	61

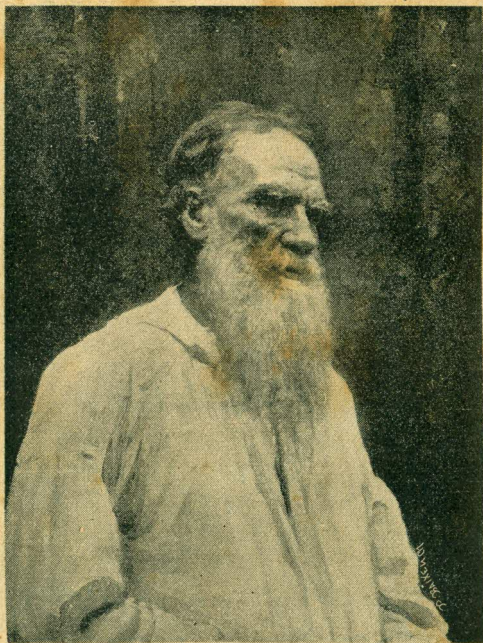


Editor: — J. GARCÍA MONJE

Cuaderno N^o 3-4

TOLSTOI
ÍNTIMO

Imprenta Alsina
SAN JOSÉ, C. R.



De una pintura de REPINÉ.

LEON NICOLAIEVITCH TOLSTOI

1828-1910

EL PROFETA DE LA VIDA SENCILLA

Novelista ruso, pensador revolucionario, cuentista popular, filántropo y utopista, de los mayores y más nobles de nuestro tiempo.